



Universidad de Chile
Instituto de la
Comunicación e Imagen
Escuela de Periodismo

**CABAÑAS A LA ORILLA DEL MAR:
UNA PROMESA DE LA UNIDAD POPULAR**

VALENTINA REY DOMÍNGUEZ

MEMORIA PARA OPTAR AL TÍTULO DE PERIODISTA

Categoría: Crónica

PROFESORA GUÍA: PASCALE BONNEFOY MIRALLES

SANTIAGO DE CHILE

Octubre 2021

*Por y para Gerardo, Ana, María Angélica,
Nelly, Miguel, Arturo, Anibal, Catalina,
Vladimir, Abelardo y todas/os los/as que
compartieron un pedazo de su historia.*

ÍNDICE:

INTRODUCCIÓN.....	3
CAPÍTULO I: RECUERDOS DEL MAR	6
República del pueblo trabajador.....	9
Construyendo cabañas.....	10
La medida N° 29 incluía el mar.....	12
Veranos con “todo incluido”.....	14
Recuerdos del mar.....	16
Risas que se convirtieron en silencio.....	19
Una promesa que desapareció en el mar.....	21
Morir un poco.....	22
CAPÍTULO II: AL DIABLO TAMBIÉN LE GUSTABA EL MAR	24
Los nuevos veraneantes.....	26
Profesores de la tortura: con nombre y apellido.....	27
Puras Mentiras No comente Nada.....	30
No eran nada, ni siquiera un número.....	35
CAPÍTULO III: NO LOGRAN HACER DESAPARECER LOS MOMENTOS	40
Candados, letreros y rejas.....	41
Las casitas del barrio alto.....	43
Alzando la voz por la memoria.....	47
Una historia que no acaba.....	49
BIBLIOGRAFÍA	

INTRODUCCIÓN

Hace tres años comencé a pensar, investigar y escribir esta historia, la del proyecto N°29 del programa de la Unidad Popular. La historia de las cabañas que fueron construidas para las y los trabajadores de Chile.

En el camino me fui dando cuenta que no era solo la historia de los balnearios populares, también era la historia de Nelly, Gerardo, Vladimir, Ana, Arturo, Miguel, Catalina, Anibal y María Angélica, quienes desinteresadamente entregaron sus testimonios para construir memoria. Tal vez por ese motivo fue tan difícil terminar, cada palabra, frase y párrafo escrito en las siguientes páginas representa la voz de quienes tuvieron la suerte de haber vacacionado o trabajado en uno de los 19 complejos turísticos construidos por el gobierno de la Unidad Popular. Son los recuerdos y vivencias de personas; cuanta responsabilidad hay al momento de escribirlas ¿no?

No puedo presentar esta historia sin mencionar el miedo que me acompañó durante estos tres años. El miedo a defraudar a las personas que confiaron en mí, que me entregaron un pedazo de su intimidad. Probablemente sea algo cuestionable periodísticamente, pero también, aprovecho el espacio que me entregan estas páginas, para repensar un deber ser profesional que está escrito en libros y manuales, pero que muchas veces se aleja de la realidad.

Con la mayoría de las personas que me entregaron su testimonio dejé de tener contacto durante estos años, la relación siempre fue entre una periodista y su fuente. Aún así, nunca deje de pensar que al terminar de escribir tenía el compromiso de enviarles el texto completo; cómo no hacerlo si es su historia. Pero entonces, la presión fue y es aún mayor.

No es solamente una memoria de título, son recuerdos de amor, de alegría, esperanza, de profunda tristeza y también de dolor. El compromiso con las fuentes, con las personas, puede ser considerado poco objetivo, pero bien sabemos, aunque muchas veces se niegue, que la objetividad en el periodismo no existe. Y no está mal. La subjetividad no es mentir, para eso están los documentos y archivos, para corroborar los datos, las cifras y los hechos.

Esta historia será leída por sus protagonistas, porque es por y para ellos. Además, probablemente, si no existiese ese compromiso, este momento no hubiese llegado.

Quienes me conocen saben de mi afinidad por la academia, pero debo admitir que nunca sentí tantas emociones investigando, como lo fue haciendo de periodista. Espero que no sea la única oportunidad para hacer una investigación sin un objetivo comercial, sin una presión editorial, sino más bien centrada en los hechos, en la historia individual y colectiva de una sociedad y sus integrantes, y cuyo propósito, en este caso particular, sea realizar un aporte a la memoria del país. Son muchas las expectativas ¿o no? Lo que pasa es que nos hacen soñar en grande.

Recorrí varias veces Santo Domingo, al ser uno de los balnearios centrales en esta crónica. Observé atentamente la playa, el sitio donde se construyeron las cabañas, caminé por el pueblo, revisé su historia y me sentí como Leila Guerriero en algunos momentos. Me angustié y lloré luego de hacer algunas entrevistas, sentía que estaba en deuda con esas personas, ¿podrán estas páginas ayudar a sanar? me preguntaba. Me enfurecí con las y los torturadores de la dictadura, con la ausencia de justicia, verdad y memoria.

Como menciono en algún momento del texto, el golpe no fue solo a Allende, a la Unidad Popular, fue un golpe al sueño de miles de personas, un golpe a la esperanza, al futuro, a los proyectos colectivos e individuales. Fue un golpe a la vida de tantas y tantos. ¿Cómo recuperamos, aunque sea unos pocos, de esos pedazos de esperanza? Espero, honestamente, que estas páginas puedan contribuir a la recuperación de una historia muchas veces olvidada y silenciada. Porque aunque existe mucho material y varias investigaciones de aquel período, pareciera ser que nunca es suficiente y ojalá, nunca lo sea.

Siempre es importante agradecer a quienes estuvieron ahí, porque sí, por amistad y cariño. A quienes probablemente sin saber que las conversaciones, los cuestionamientos y consejos que entregaban estaban siendo un impulso para terminar esta etapa. Agradezco a mi familia, sobre todo a mis tías que con sus preguntas constantes “¿y para cuándo?”, me hicieron sentir acompañada, ellas sabían lo importante que era darle un cierre a esta historia. Le agradezco a mi mamá y sobre todo a mi papá, que me instó a estudiar periodismo, esta es una buena oportunidad para reconocer que tenía razón, su experiencia sabía que era la decisión correcta. Podría hacer un listado enorme, agradeciendo a tantas personas, pero espero tener la oportunidad de hacerlo personalmente. Sin embargo, no puedo dejar de agradecer públicamente a la profesora que guio esta memoria. Fue un placer contar con su experiencia, su apoyo y sobre todo, su infinita paciencia; porque hace tres años le estoy diciendo que a fin de mes le mando la memoria.

Creo que siempre hay más por hacer, más por investigar y probablemente falten muchas cosas por decir en estas páginas. No me conformo, pero sí me tranquiliza y alegra saber que para algunas personas esta crónica será un legado personal, familiar y colectivo a la memoria e historia del país.

Capítulo I

RECUERDOS DEL MAR

Chile tiene más de 6.000 kilómetros de costa y aproximadamente 896 playas de norte a sur. Ni una de ellas es igual. En cada una el viento corre de una manera diferente, el color del mar y la arena va cambiando según la región, al igual que el olor y la forma en que las olas chocan con las rocas. Cada una tiene sus memorias, recuerdos e historias, pero de esas, solo 19 comparten un sueño, el de las y los trabajadores, de Salvador Allende y la Unidad Popular.

Entre enero de 1971 y marzo de 1973, el derecho al descanso se hizo realidad con el proyecto de los Balnearios Populares. Era la medida N°29, de las primeras 40, del programa de la Unidad Popular. Sin que nadie lo esperase, las Villas de Turismo Social, reconocidas socialmente como la medida de los “balnearios populares”, nacieron de los primeros decretos del presidente recientemente electo.

Para las familias que tenían los recursos para salir de vacaciones todos los veranos, eran sólo unas cabañas a la orilla del mar, pero para las y los obreros no eran una simple construcción. Aquellos complejos turísticos representaban el reconocimiento del esfuerzo de todo un año; era tiempo para compartir con sus familias, para descansar y olvidarse por unos días de sus responsabilidades cotidianas; sólo debían pagar una modesta suma de dinero, aproximadamente 10 escudos por 15 días de descanso.¹ Esto, entre otras cosas, era una señal de cambio: las y los trabajadores de Chile tenían la oportunidad histórica de imaginar un futuro diferente. Esa era la gran promesa de Salvador Allende.

Durante los tres años en que el proyecto se llevó a cabo, Gerardo Rubilar Morales, joven de 23 años, militante de las Juventudes Comunistas, se pasó sus veranos viajando y entregando la mercadería a los complejos vacacionales. Era el encargado de abastecimiento de los Balnearios Populares, cargo que recibió al integrar la oficina juvenil de la Central Única de Trabajadores (CUT). El joven militante terminaba el verano agotado, pero con una alegría inexplicable. El trabajo colectivo lo hacía feliz, al igual que ver a cientos de familias

¹ Si bien el nivel de inflación de aquella época no permite hacer un estimado confiable de la equivalencia de 10 escudos hoy, para fines de 1972 el salario mínimo en Chile era de 122 dólares, equivalente a E° 2.390 (escudos).

disfrutar de sus vacaciones, un sueño para la época; porque hasta ese momento el mar, la playa, el verano y el descanso, eran privilegio de unos pocos.

Siempre le llamó la atención la mística con la que compartían las familias en aquellas cabañas; aunque no era algo sólo de los balnearios, era una mística de la Unidad Popular; del trabajo colectivo, del triunfo y proyecto de las y los trabajadores.

“Mi hermano Gerardo era muy joven, pero tenía un gran nivel de compromiso. En los veranos de 1972 y 1973 llegaron a mi casa cuatro camiones llenos de mercadería: aceite, harina, leche, utensilios de aseo. Y en mi casa no había nada, ni una gota de aceite, pero Gerardo no sacaba nada de los camiones. Todo llegaba intacto a los balnearios, ese era el nivel de compromiso”, recuerda con admiración Vladimir Salamanca Morales, hermano de Gerardo, quien era el segundo de diez hermanos. Su padre murió cuando él era muy pequeño, pero nunca le faltó la imagen paterna. Su madre, Herminda Carmen Morales, se volvió a casar cuando él tenía dos años y quien se convirtió en su padre social, Néstor Salamanca, nunca hizo alguna diferencia entre él, su hermano Ernesto -del mismo padre- y el resto de sus ocho hermanos. De hecho, Vladimir recuerda que Gerardo era muy querendón de su padre y trabajaban juntos en la construcción de alcantarillados, a chuzo y pala. Él era así, cariñoso, comprometido con su gente, alegre, buen hermano, hinchado del Colo Colo y bueno para bailar. Era el encargado de hacer las cartas familiares de fin de año, navidades y cumpleaños, tenía una letra perfecta.

Como siempre se vinculó bastante en los problemas de su barrio y participaba en los trabajos voluntarios, decidió unirse a las juventudes del Partido Comunista. Tenía 18 años cuando ingresó formalmente a la Jota, a la base Galvarino; donde prontamente se convirtió en encargado de organización, cargo que también se le asignó en el Comité Local. Además, era dirigente de la Junta de Vecinos, cumplía con sus quehaceres de la casa y sus estudios de contabilidad. “Si había que plantar árboles, él lo hacía, si había que preparar las calles para las fiestas patrias, ahí estaba. Cuando nevó en Santiago participó en la comitiva de trabajos voluntarios para reparar techos. Él siempre estaba ahí”, recuerda Vladimir.

“Tenía una voz muy bonita y una sonrisa preciosa, amplia y con una dentadura blanquísima. Yo lo vi y fue amor a primera vista”, relata Nelly Andrade, su amor, su novia, su polola. Ella tenía 18 años cuando en enero de 1972 veraneó en las grandes cabañas de color café ubicadas en la playa de Tongoy, en la nortina región de Coquimbo, uno de los tantos balnearios populares. Por casualidad o destino, Nelly y Gerardo coincidieron ese verano en el

mismo lugar. Andrade se enamoró al segundo día, apenas vio al hombre de un metro setenta y cinco, espalda ancha y voz fuerte; pero sobre todo, de convicciones inquebrantables.

Al tercer o cuarto día ya se habían besado y tomado de la mano. Comenzaron a pololear ahí mismo y lo que pudo ser una aventura de verano se convirtió en una intensa, dura y hermosa historia de amor. Pero hasta ese momento ninguno de los dos se imaginaba lo que les tocaría vivir juntos. “Cuando yo me vine a Santiago él se quedó en el balneario porque tenía que supervisar todo, entonces yo me vine y le di el número de teléfono de la casa de una amiga, porque en mi casa no teníamos teléfono. Le dije que cuando estuviera en Santiago me llamara”, cuenta Andrade, con voz suave y temblorosa. Al día siguiente, mientras ordenaba las cosas de las vacaciones, le avisan que la llamaban por teléfono. Era Gerardo, estaba en Santiago por unos días, se había tomado el último bus que salió de Tongoy. Nelly no lo pensó dos veces, le tuvo que contar a sus papás que estaba pololeando con el compañero del balneario. Durante aquellos días de verano su familia no supo de aquel amor que nacía entre el mar y las cabañas de la Unidad Popular. Su mamá no le dijo nada, pero a su papá no le hizo ni una gracia; su hija regalona estaba con un comunista y dirigente de la CUT. Como padre protector siempre tuvo motivos para oponerse, pero aún así, lo fue aceptando a medida que pasaba el tiempo.

Las cabañas a la orilla del mar, los cantos hasta la madrugada. Las risas y conversaciones entre familias que no se conocían, pero que coincidieron durante 15 días en el mismo lugar, el amor en la juventud, todo eso ocurría en aquellos años donde la UP transformó la vida de las personas. La vía chilena al socialismo pasó de ser un sueño, una bandera de lucha, a una realidad. Luego de tres derrotas como candidato a la presidencia, Allende llegó a La Moneda en 1970 acompañado por los partidos políticos de izquierda que levantaron su candidatura, pero sobre todo, llegó al gobierno con las y los trabajadores, con los estudiantes, con los Centros de Madres y las Juntas de Vecinos, entre tantas otras organizaciones populares.

Sin embargo, llegar al socialismo no era una tarea fácil. Allende y quienes lo apoyaban sabían que no bastaba con estar en el poder. Sabían que era necesario crear las condiciones para transitar hacia un Estado socialista y las “40 primeras medidas” del programa de gobierno de la Unidad Popular buscaban sentar esas bases.

República del pueblo trabajador

El 5 de septiembre de 1970, el presidente recientemente electo prometió crear una nueva sociedad, una donde la vía chilena al socialismo no se quedara solo en el cambio al modelo económico, sino más bien avanzara a la transformación de la estructura completa de la sociedad. Y para cumplir aquello, Allende tenía 40 medidas, entre ellas el derecho al descanso.

Durante tres años, más de 20 mil trabajadores a lo largo de todo Chile tuvieron la oportunidad de disfrutar de 15 días de veraneo. Fueron 19 los recintos vacacionales construidos para las y los trabajadores junto a sus familias en diferentes playas del país, lugares a los que podían optar a través de sus sindicatos, Centros de Madres y Juntas de Vecinos.

Para ese entonces las vacaciones no eran un derecho asegurado, sino más bien un beneficio que algunos sindicatos habían acordado con sus empleadores. Sólo unos pocos lograron crear complejos vacacionales para su uso particular. Sin embargo, la medida N°29: “Educación física y Turismo popular” rompía con aquella exclusividad y le ofrecía la oportunidad histórica a las y los trabajadores, junto a sus familias, de veranear en un complejo de cabañas turísticas totalmente equipadas, con actividades diarias, todas las comidas del día y lo más importante para varios de ellos: a la orilla del mar. En 1971 conocer la playa era un sueño inalcanzable para muchas familias y por primera vez en la historia, un gobierno convertía aquel sueño en una posibilidad.

Según recuerda Arturo Martínez, en ese entonces presidente de uno de los sindicatos del Cordón Industrial de Vicuña Mackenna, “los trabajadores veían con bastante simpatía y aprecio las actividades del gobierno popular, porque estaban dirigidas a personas que habían sido ignoradas por muchos años, que nunca habían sido reconocidas y por primera vez se buscaba la forma de incorporarlas”.

Durante aquellos años de gobierno de la Unidad Popular, la CUT como máxima organización de representación y articulación sindical, trabajó directamente con el gobierno. En más de una ocasión Salvador Allende nombró este período como la “República del pueblo trabajador” y de a poco, aquel compromiso se fue materializando.

Durante los primeros años de gestión se firmó un convenio entre la Central Única de Trabajadores y el gobierno, donde la multisindical adquirió personalidad jurídica; lo que

permitía crear nuevos mecanismos de financiamiento y asegurar su participación en los procesos de planificación económica del país.

De a poco, la anhelada promesa de unos días de veraneo, se materializó en las icónicas cabañas de techos cafés y forma de “A”. Eran amplias, livianas y de fácil construcción, lo que permitió que para el verano de 1971 algunos complejos vacacionales recibieran a más de 100 familias expectantes para lo que serían sus primeras vacaciones en la playa, con todo incluido. Durante el resto del año, las cabañas servían como espacio de reunión para sindicatos y organizaciones sociales, y también como un lugar de formación para estas, liceos, universidades y partidos políticos.

Construyendo cabañas

El derecho al descanso como tal, no alcanzó a ser una demanda formal de las y los trabajadores, según recuerda Martínez. Sino más bien una propuesta impulsada por la CUT en el proceso de elaboración del proyecto que llevaría a Allende a la presidencia de Chile. Tanto Arturo Martínez, como Miguel Lawner, arquitecto y hombre cercano de Salvador Allende, relatan que el proyecto de las 40 medidas de la Unidad Popular fue elaborado de forma colectiva, donde se incorporó la voz de expertos, organizaciones sociales, partidos políticos, Centros de Madres, Juntas de Vecinos y sindicatos. Para Lawner, “todo fue un esfuerzo colectivo”.

El programa de las 40 medidas se trabajó en largas sesiones, donde había un grupo de profesionales junto a quienes habían levantado el proyecto de la Unidad Popular. En esas instancias se elaboraban propuestas que luego eran presentadas en reuniones abiertas a organizaciones sociales, de trabajadores, poblaciones, Centros de Madres y partidos políticos, entre otros. Eran espacios en los que se comentaban los avances, se recibían sugerencias y también se rechazaban ideas. Fue ahí donde se incorporó el proyecto de las Villas de Turismo social. Lo anecdótico fue que una vez iniciado el gobierno de Allende, el 4 de noviembre de 1970, 39 de las 40 primeras medidas del programa fueron acogidas por distintos ministerios para su puesta en marcha. Sin embargo, la medida N°29 quedó huérfana.

“Nadie sentía que tenía que asumir esa responsabilidad, pero no pasaron ni diez días cuando Allende llama al Ministro de Vivienda y Urbanismo, Carlos Cortés, y le pregunta por los balnearios”, recuerda entre risas Miguel Lawner, entonces Director Ejecutivo de la

Corporación de Mejoramiento Urbano (CORMU). De inmediato, el ministro Cortés, que no había participado en la elaboración del proyecto, armó un equipo y todos se dieron cuenta que aquel proyecto sin padres, era prioritario para el presidente Salvador Allende.

Con la misma rapidez con la que Allende ordenó dar inicio a la elaboración y puesta en marcha del proyecto, el 20 de noviembre de 1970 el ministro Cortés creó la Comisión Coordinadora del Plan de Balnearios Populares. El 23 de diciembre del mismo año el Presidente solicitó la autorización al Ministerio de Bienes Nacionales para tomar posesión de terrenos fiscales y construir ahí los complejos vacacionales.

“La intención del S. Gobierno de realizar, a la mayor brevedad un plan de Balnearios Populares que posibilite el descanso anual de los trabajadores y sus grupos familiares, en forma sana y digna y con iguales oportunidades para todos.” (Decreto 755)

Dentro de la comisión coordinadora, Cortés definió que la planificación y la construcción de los balnearios populares le correspondía a la Dirección de Planificación del Equipamiento Comunitario (DIPEC) del Ministerio de Vivienda y Urbanismo. En poco tiempo la DIPEC tenía todo organizado: el proyecto se financiaría a partir del presupuesto nacional, mientras que los talleres de arquitectura del Ministerio de Vivienda y Urbanismo, diseñarían una maqueta de los balnearios.

Aquella propuesta consideraba la construcción de las cabañas con paneles prefabricados en madera de pino, un modelo muy similar al que utilizaba la Unión Soviética para sus viviendas sociales. Eran construcciones simples, para llegar y armar, todas iguales. Además, eran más livianas para su transporte. De todas formas, estas cabañas no fueron pensadas para que la gente viviera ahí, eran para las vacaciones, para que las familias disfrutaran del mar, la playa y en algunos casos del bosque.

Si bien Miguel Lawner nunca tuvo una participación directa en la planificación y construcción de los balnearios populares, desde su cargo en la CORMU siempre estuvo al tanto de los avances del proyecto. El Ministerio de Vivienda y Urbanismo realizaba reuniones periódicas entre sus distintas entidades dependientes, donde se iban informando los avances de los diferentes proyectos, entre esos el de los balnearios.

Entre fines de noviembre y los primeros días de diciembre de 1970, el presidente inició el proceso para la creación de los balnearios populares. Las primeras cabañas fueron inauguradas a finales de enero y principios de febrero de 1971.

La medida N° 29 incluía el mar

Los sitios para instalar los complejos vacacionales fueron seleccionados según la disponibilidad de los terrenos en manos de Bienes Nacionales, pero siempre considerando la petición personal de Salvador Allende: para las y los trabajadores lo mejor. Por lo tanto, se buscaron terrenos en las mejores playas del país. Así fue como se decidió construir los primeros 19 balnearios en Arica, Iquique, Mejillones, Chañaral, Coquimbo, Tongoy, Los Vilos y Pichidanguí, en el norte; en Pichicuy, Puchuncaví, Loncura, Ritoque, Las Cruces, Santo Domingo y Lago Rapel, en la zona central; y en Llico, Duao, Pelluhue, Tomé y Lota, en el centro-sur del país. Para febrero de 1971 ya eran 13 los balnearios que estaban recibiendo a las primeras familias que viajaban desde distintas partes del país para disfrutar sus 15 días de descanso.

En la cuenta pública anual del 21 de mayo de 1971, el presidente Allende comunicó que durante ese año serían 13 los recintos vacacionales habilitados, pero seguirían trabajando para completar los 20 balnearios prometidos dentro de la primera etapa. El resto de las construcciones, incluyendo la precordillera como lugar de veraneo, se proyectaba que estarían listas a finales de 1973. En aquel discurso el presidente Allende fue muy enfático al decir que era necesario que el turismo renunciara a su carácter de actividad de élite “a la cual han tenido acceso (...) sólo las minorías con capacidad económica suficiente para poder pagar un turismo de lujo”². Desde ese momento y pensando en el futuro, dijo, las vacaciones serían un derecho asegurado.

Ese mismo año en Quillota, Región de Valparaíso, María Angélica Barrientos, de familia tradicional cristiana pero con conciencia social, decidía que no podía mantenerse al margen de las transformaciones sociales. “Durante los primeros años de la Unidad Popular empecé a percibir que la juventud también tenía participación política y que una joven sin militancia no podía estar realmente insertada en lo que era el compromiso con el trabajo de

² (Montalva, F. 2017). Veraneos en un país que ya no existe.

Salvador Allende”, recuerda Barrientos. Con 19 años, la estudiante universitaria decidió ingresar al Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU).

Durante ese año trabajó en tareas de alfabetización en un campamento en Valparaíso y recuerda que la gente no se imaginaba cómo podía ser el proyecto de los balnearios. “Lo conversábamos en el campamento con los grupos organizados y ahí pensaban que era muy inalcanzable para ellos, pero cuando se vio que todo era tan rápido, organizado y que era cuestión de subir a los buses y partir, fue increíble”, cuenta Barrientos.

En 1972, mediante el decreto 1.289 se modificó la Ley 800 de Tierras y Colonización del entonces Ministerio de Relaciones Exteriores y Colonización, con el objetivo de reglamentar el uso de los terrenos fiscales ocupados por los balnearios populares. Esta sección, dirigida específicamente a la medida N° 29, tenía como objetivo “obtener una mejor y más racional distribución y planificación del uso del suelo, para fomento y atribuciones de la Dirección.”

Sin embargo, la derecha de la época se opuso al proyecto, acusando al gobierno de apropiarse de terrenos de forma ilegal. Pero la mayoría de aquellas cabañas se levantaron en tierras fiscales, es decir, pertenecientes al Estado, que mediante el departamento de Bienes Nacionales del entonces Ministerio de Relaciones Exteriores y Colonización, le entregó los sitios a empresas privadas y sindicatos de construcción de cada región para que instalaran las cabañas. En tanto, los terrenos pertenecientes a privados fueron adquiridos bajo la Ley Orgánica de la Corporación de Mejoramiento Urbano de 1966; esta permitía disponer, expropiar y comprar terrenos “que sean necesarios para la ejecución de proyectos de desarrollo y mejoramiento urbano” para su uso público.

De todas formas, no tardó en aparecer la propaganda negra, que decía que la Unidad Popular ocuparía las casas privadas de veraneo para construir ahí las Villas de Turismo Social. La gente se alteró, pero nadie se tomó las casas y probablemente nadie consideró esa posibilidad.

Pese a los cuestionamientos, la construcción siguió adelante. Algunas empresas privadas de las zonas donde se instalarían las cabañas se adjudicaron la tarea de levantar los complejos vacacionales bajo la supervisión de la DIPEC. Mientras, la Dirección de Turismo se haría cargo de la administración de los balnearios y su equipamiento.

La Consejería Nacional de Desarrollo Social asumió la labor de seleccionar a los grupos de trabajadores que irían a los balnearios, los que cada verano recibían

aproximadamente a 500 personas en total. El objetivo era que salieran de sus ciudades y conocieran el país, y por lo mismo el destino de las vacaciones no eran las playas que les quedaran más cerca. Todo este trabajo fue apoyado por las Juntas de Vecinos, Centros de Madres y sobre todo por la CUT. Esta última tenía la responsabilidad de entregar el listado de las y los trabajadores pertenecientes a sus sindicatos afiliados que se beneficiarían de las vacaciones, además de dotar con mercadería las cabañas, contratar personal para la cocina de los balnearios, los equipos de monitores que realizarían actividades de recreación durante los días de veraneo, y conseguir los buses para transportar a las familias. Aquello quedó a cargo del departamento juvenil de la CUT, que tenía una oficina especial para cumplir con esta medida; sin embargo, el trabajo siempre se realizó en conjunto con la DIPEC.

El gobierno tenía la intención de traspasar la propiedad de los complejos vacacionales a la multisindical. Es más, se iniciaron los trámites para dicho traspaso, pero había un problema con los estatutos de la CUT que le impedía hacerse cargo legalmente de los terrenos.

Veranos con “todo incluido”

Cada complejo vacacional tenía la capacidad para recibir a 500 personas por temporada de verano, desde diciembre hasta febrero. Dependiendo del tamaño de los terrenos, se construyeron entre seis y diez cabañas con forma de “A”. Cada una tenía seis camas y se podían agregar hasta dos más, dependiendo de las familias, que se consideraban de forma completa: padres, madres, abuelos e hijos.

A petición del presidente Allende, los comedores fueron construidos para el uso colectivo. Así las familias podían compartir durante las comidas y además se evitaba que las mujeres, como era habitual, quedaran a cargo de cocinar en sus cabañas. De eso se ocupaba el personal contratado por la CUT y las organizaciones a cargo de los balnearios.

Las universidades y las juventudes de los partidos políticos que integraron la Unidad Popular crearon grupos de voluntariado para el trabajo de monitores, quienes estaban a cargo de supervisar que se cumplieran las normas. Pero sobre todo, eran ellos quienes organizaban las actividades que se realizaban durante la jornada. Se pegaron afiches de estencil a lo largo de todo el país informando sobre los balnearios populares e invitando a la juventud a formar parte de los equipos de monitores.

En el verano de 1971, Catalina Rojas, de 22 años en ese entonces, fue monitora en los balnearios de Peñuelas y Los Vilos. Ella estudiaba teatro y tocaba la guitarra, por lo que siempre participó en las actividades artísticas. “Llevábamos a las señoras a la playa, las hacíamos cantar. Había otro grupo que hacía gimnasia, y así un montón de cosas”, recuerda Rojas. Quien dice haber estado un mes en Peñuelas y luego la trasladaron a Los Vilos, pasó todo ese verano de balneario en balneario.

Catalina, hoy de 73 años, menciona que muchos de los recuerdos de la Unidad Popular los tiene bloqueados, olvidados. Hace un par de años se topó en la calle a una mujer que la paró y le dijo: “yo te conocí en las cabañas, ¿tu sabes que mi marido hoy está detenido desaparecido?”. Rojas cuenta que en ese momento no sabía qué responder, luego se fue acordando y en eso, se le vinieron varios momentos a la memoria.

“Cuando llegaban las micros, eran tres o cuatro y en la entrada estaba Hugo Araya -conocido socialmente como “el Salvaje”- era el fotógrafo de los balnearios populares. Sacaba fotos maravillosas, se tiraba al suelo a sacarlas. Iban llegando las señoras con sus hijos y ahí él se acostaba en la tierra para sacar las fotos. Yo le pedía que me sacara fotos tocando la guitarra con los niños, pero me decía que eso era egolatría. Así que no tengo ni una foto”, cuenta Rojas.

Si bien tiene muchos recuerdos borrosos, no olvida que fue en Peñuelas donde conoció a quien fue su esposo, Roberto Parra. “En ese tiempo iban artistas a tocar por un día y luego se iban. Entre ellos estaba Roberto. Fue amor a primera vista, después llegamos a Santiago y yo vivía en una comunidad con artistas, personas de Talca, habían Argentinos también y él iba a la casa. Tiempo después nos casamos”, dice la cantautora.

De la misma forma, María Angélica Barrientos, quien para el verano de 1972 era estudiante de pedagogía en artes plásticas, también trabajó como monitora, pero en el balneario de Las Cruces. Barrientos recuerda que era un trabajo remunerado, “fue el primer dinero que gané (...) Tuvimos cursos intensivos para entrar a los balnearios. Yo lo hice en un lugar cerca de Rancagua, una casa de fundo donde se juntó a muchos jóvenes y nos fuimos preparando; había militantes de partidos políticos, independientes y extranjeros también”, cuenta con un dejo de nostalgia.

Si bien no se podía escoger a qué balneario ir a trabajar, sí se podía decidir el área al que querían pertenecer: arte, artesanías, periodismo, deporte, u otras. Principalmente el rol de

los monitores en los balnearios consistía en realizar actividades diarias para entretener a niños, niñas, jóvenes y adultos. María Angélica se integró al área artística.

Recuerdos del mar

Entre diciembre de 1970 y enero de 1971, el municipio de Santo Domingo, en la costa central, le traspasó un terreno fiscal de 11 hectáreas, ubicado en Gran Avenida Phillips N° 2, al Ministerio de Vivienda para la construcción de un balneario popular. El sitio olvidado por los habitantes de la comuna, encerrado entre un camino de tierra, el humedal del Río Maipo y el mar, se preparó rápidamente para recibir a cientos de familias que se disponían a pasar un verano feliz en febrero de aquel año. Actualmente esa zona es conocida como la playa “Marbella”, lugar donde la gente va a pasear o pescar, diferenciándose bastante de las playas para la gente más elegante de la comuna, las que pertenecen a los complejos turísticos privados.

La pequeña playa del litoral central, que parece una isla entre todas las comunas que bordean la costa, por su acceso complejo, pero sobre todo, por la exclusividad económica del sector, sorprendió a sus habituales adinerados veraneantes en 1971. Quienes con espanto descubrieron que tendrían que compartir el mar con personas que venían de distintas partes del país durante los meses de verano. De un día para otro, ese mar que creían que les pertenecía bañaría a cientos de familias obreras.

Las seis cabañas en A, de techos café oscuro apoyadas en los paneles de madera, ubicadas entre pinos y arbustos, fueron testigos de la sorpresa que se llevaron las familias al bajar de las icónicas micros azules Castro Caride - Pegaso que transportaban a las y los trabajadores. Descendían las familias completas, abuelos, mamás, papás, niños y niñas; algunas incluían a sus primos o sobrinos, y así todos juntos esperaban tranquilamente que los monitores les asignaran una cabaña mientras no le quitaban los ojos a ese mar oscuro.

Muchos de ellos veían por primera vez el mar explotando en las rocas y espumando sobre la arena negra. La expectación crecía cuando se encontraban de frente con las seis enormes cabañas de madera barnizada. Cada familia se instalaba en una pieza que tenía dos o tres literas y una cama de dos plazas. Eran las familias las que decidían si poner algún tipo de decoración mientras durara su estancia. La cocina y comedor eran construcciones simples pero amplias, que se ubicaron a pocos metros de los bloques de cabañas.

A diferencia de otros complejos vacacionales, en Santo Domingo el comedor tenía vista al mar. Nadie se cansaba de verlo, de escucharlo; sobre todo los niños, que podían pasar horas a la orilla de la playa haciendo castillos y túneles.

Miguel Lawner fue un fin de semana a conocer el balneario de Santo Domingo. Llegó un sábado y se fue el domingo por la tarde. Justo le tocó compartir con trabajadores de la fábrica textil Progreso. Si bien él sabía en qué consistía este proyecto, quedó impactado. “No había cómo sacar a los niños del agua. La gente estaba muy feliz; fue un éxito muy significativo”, recuerda.

Todos los balnearios contaban con la misma logística. Podía variar el número de habitaciones de las cabañas, pero eso dependía de la capacidad del terreno. Para Nelly Andrade aquellas cabañas eran todo un misterio antes de conocerlas. Su familia fue invitada por un amigo de su papá, que le ofreció que fueran ellos en su lugar. No lo pensaron dos veces, prepararon los bolsos, trajes de baño, las sábanas y partieron a conocer las cabañas en el balneario de Tongoy. Todo lo que vivió ese verano fue producto del destino o de las mejores casualidades de su vida.

“Hasta ese momento no sabíamos lo que eran las cabañas. Habíamos visto en las películas que eran casitas chiquitas de madera, pero no conocíamos ninguna. Las comenzamos a contar y vimos cinco largas cabañas. Cada bloque tenía capacidad para cinco familias, cada una con diez personas”, recuerda Andrade. Les costaba imaginar cómo podrían ser esos 15 días. Para ellos era raro no tener que llevar nada, ni teteras, carpas, ollas, todo lo que alguna vez habían llevado a sus campamentos de verano.

Generalmente al bajar de los buses los llevaban hasta el patio principal para luego hacerlos pasar a los comedores, donde les explicaban las normas de convivencia y cómo funcionaban los balnearios. Si bien las familias tenían la libertad plena para disfrutar de esa semana de descanso, el proyecto era colectivo, por lo que había reglas para asegurar el bienestar de todos y todas. Por ejemplo, en el comedor, cada persona tenía que retirar sus platos y dejarlos en unas bandejas grandes para el lavado. El orden, el aseo y la limpieza de todo el lugar eran por turnos. Cada día un bloque de cabañas se encargaba de lavar la loza, hacer el aseo de los baños, patio y comedor. Nadie reclamaba ni se molestaba; eran tantas personas que las tareas se realizaban rápidamente y así el resto del día era para jugar y descansar.

Andrade recuerda que ese verano tenía un himno: *Plegaria a un Labrador* del cantautor Víctor Jara. La canción sonaba sagradamente todas las mañanas por alto parlante y la mayoría la entonaba al levantarse. Era una especie de impulso para iniciar el día, las tareas y sobre todo, el descanso.

En cada uno de los balnearios las y los monitores dirigían las actividades para el día y la noche. Siempre habían juegos, talleres, concursos; no había tiempo para aburrirse. María Angélica Barrientos recuerda que las actividades eran una opción, porque las familias también podían escoger tener un momento a solas en la playa o donde quisieran. Lo importante era que supieran que habían cosas que hacer si lo deseaban. Todo estaba planificado. Las y los monitores se juntaban por la noche, evaluaban el día y creaban las actividades del día siguiente.

“En mi área se pintaba, se hacía muralismo, se enseñaban técnicas básicas de estencil y grabado, todo junto con una educación de lo popular y comunitario, de lo que era el socialismo que queríamos alcanzar”, dice Barrientos.

Las actividades incluían talleres de teatro, baile y deportes, entre otros. Arturo Martínez fue monitor en el balneario de Santo Domingo, y recuerda que la gente proponía actividades y las organizaban, sobre todo las que tenían que ver con números culturales y artísticos. “Mis mejores recuerdos son del canto popular, porque me gustaba mucho el tema, entonces yo organizaba actividades en torno a eso. Recuerdo mucho a los cantantes Pedro Yáñez y Jorge Yáñez, que iban a los balnearios y compartían su canto”, relata.

Para esos veranos se organizaron giras artísticas y culturales en las que distintos grupos musicales y teatrales recorrían durante esos dos meses los diferentes balnearios populares. Así fue como en febrero de 1971 apareció sorpresivamente el grupo de rock chileno Los Blops, integrado por Eduardo Gatti, Juan Pablo Orrego, Julio Villalobos, Juan Contreras y Sergio Bezard, en las cabañas de Santo Domingo para animar la fogata y el guitarreo de la noche. Nadie podía creer que la reconocida banda nacional estuviera sobre esa arena negra para compartir con ellos. Esa noche fue eterna, incluso para las niñas y niños.

Julio Villalobos, guitarrista de la exitosa banda, recuerda que los contrataron con la única condición de que no tocaran ‘lestras’, y así fue como entonaron frente a las familias “La Rodandera”, “Campos verdes”, “Del volar de las palomas” y la icónica canción “Los momentos”. El conjunto no siguió muchas estructuras, señala Villalobos³; se guiaban por el

³ Rojas, I. (2019). El proclive necesario: la historia de Los Blops.

ánimo de la gente y así iban armando una fiesta en cada playa que visitaron. Ese verano pasaron por Tongoy, Los Vilos, Papudo, Rapel y Santo Domingo; se subían a los buses donde iban otros artistas y partían a un lugar diferente cada día. No hay material de archivo ni documentación para revivir esos momentos; en aquella época la banda no hacía registro de sus presentaciones, solo llegaban y tocaban donde fuese.

“Tocábamos por el puro placer de hacerlo y con lo que ganábamos vivíamos. No nos pagaban mucho, pero nos pagaban bien. Hicimos varias cosas con el gobierno en ese tiempo”, recuerda Eduardo Gatti en relación a esos veranos⁴.

La espontaneidad de las y los trabajadores convirtieron en una especie de ritual las fogatas hasta el amanecer, al igual que las noches de canciones, chistes, bailes y juegos. La brisa marina, helada al caer el sol, no era un impedimento a la hora de escoger una canción para el guitareo de medianoche o un baile para los más inquietos. Eran noches interminables en las que nadie quería dormir; todos luchaban para mantenerse despiertos, contra el miedo de que al despertar algo hubiese arrasado con todo y esos veranos se quedarán en un recuerdo lejano.

Risas que se convirtieron en silencio

La polarización política del país y la violencia que se veía venir, se comenzó a sentir durante el verano de 1972 y 1973. Cuando Nelly Andrade conoció a Gerardo Rubilar, él como encargado de abastecimiento tenía que enfrentar algunas críticas en torno a la alimentación.

Para Rubilar era fundamental que no se perdiera nada de comida, porque en aquel momento los camiones que salían desde la CUT, cargados de mercadería para los balnearios, muchas veces tenían que enfrentar a grupos de Patria y Libertad que los interceptaban para robar su carga. Por lo tanto, no era fácil que los camiones llegaran completos, pero lo hacían. En muchas ocasiones los camiones tuvieron que ser escoltados por carabineros y funcionarios de la seguridad municipal de las comunas donde estaban los balnearios.

“Para la derecha estas cabañas eran campos de adiestramiento marxista, de guerrilla del gobierno. Pero estaban muy lejos de ser eso, eran lugares claramente de vacaciones”, comenta Vladimir Salamanca, hermano de Gerardo.

⁴ Ibid.

Entre las y los trabajadores que iban a veranear, habían militantes de partidos políticos de izquierda y también gente que no pertenecía a ninguna organización en particular, pero la mayoría tenía un compromiso social con el gobierno y su proyecto, recuerda Barrientos. El canto, la poesía y el teatro era político y comprometido, y a pesar de las diferencias que pudieran existir entre los mismos veraneantes, todas las discusiones eran en un tono de respeto.

Era inevitable que la política fuese un tema, afirma Arturo Martínez, pero no porque eran militantes, sino porque eran personas sindicalizadas, o que habían participado en tomas de terreno, que veían en la política un espacio para la transformación social.

“Había discrepancias de cómo enfrentar el proceso, pero era bonito porque se hablaba, se aprendía. En ese tiempo había mucha cultura política”, explica.

Si bien los balnearios aspiraron a entregarle lo mejor a las y los trabajadores y sus familias, entre el olor a mar, la arena gruesa y las dunas, se notaba una diferencia abismante entre quienes iban a las cabañas populares y la clase social que vivía en esas playas. Tal vez fue esa realidad injusta lo que alentó a algunas familias que veraneaban en el balneario de Las Cruces a buscar un enfrentamiento con la gente de la comuna.

“Fue una insensatez— cuenta Barrientos—. Nos fuimos al pueblo, todo el campamento, con guitarras y cantando llegamos a la playa. Nos instalamos y nos fueron a echar con la policía. Se armó una pelea y toda la gente estaba muy identificada con sus posturas políticas. Estaba Patria y Libertad ahí”.

Esa aventura les costó varias noches en vela. Las familias se tuvieron que organizar y hacer guardias nocturnas porque se veían antorchas dando vueltas por fuera de las cabañas, por lo que pensaron que en cualquier momento podrían atacar el balneario. Pero nunca pasó nada; todo quedó en una amenaza, una provocación.

Hasta ese momento María Angélica Barrientos nunca había salido de su casa. Fue ese verano el que la hizo crecer y vincularse de forma real con el trabajo de la Unidad Popular. “Fue todo tan rápido, todo tan corto, fue como las ganas de empezar algo y nos cortaron de golpe las alas”, reflexiona.

Una promesa que desapareció en el mar

Sin embargo, los problemas políticos fuera de los balnearios no lograron borrar la felicidad de los veraneantes. “Mi mamá se sentaba en la arena, miraba el mar y decía: estas sí que son vacaciones, primera vez en la vida que tengo unas vacaciones así”, cuenta Andrade, con emoción y una nostalgia que pareciera transportarla a ese momento exacto. Su familia nunca más volvió a ir a aquellas cabañas. Algo que nunca le importó, disfrutó tanto esos 15 días de verano con sus cuatro hermanas, su padre, madre y Gerardo. Además, la familia de Nelly era muy activa políticamente, de tradición y militancia socialista. Celebraron el triunfo de Allende y la Unidad Popular como si fuera un triunfo propio. Por eso su padre fue tan responsable con la oportunidad de veraneo que se les ofreció. Él trabajaba en la compañía de electricidad Chilectra y fue un compañero quien le cedió su puesto para el verano de 1972. El año siguiente, cuando Andrade fue seleccionado por su sindicato, él rechazó la invitación.

Hasta el día de hoy Nelly recuerda los dos últimos días de vacaciones en el balneario de Tongoy. Para despedir las vacaciones se hicieron alianzas, cada bloque de cabañas tenía que presentar una candidata a reina y juntar puntos en diferentes actividades. La última noche, la más importante, se hacía una actividad artística cultural donde los que sabían cantar, cantaban; los que querían tocar la guitarra, tocaban; cada uno hacía lo que sabía y quería. Era el momento de consagración de los artistas, donde sacaban a relucir todos sus dotes.

Como en la familia de Andrade eran cinco hermanas, llevaban la batuta en su bloque. Entre risas, cuenta que hicieron una pasada de modelos mostrando trajes hechos ahí mismo. “Una de las modelos iba con traje de etiqueta y era una ropa común y corriente a la que le habíamos colgado una etiqueta de té. Usamos hasta los calzones blancos y largos de mi abuela, los sacamos para mostrarlos como la última creación de bikinis”, relata Nelly. Esa noche fueron puras risas y aplausos, momentos únicos para despedir el verano.

Durante tres años alcanzaron a ser 19 las cabañas que vieron como los cuerpos se desplomaban en la arena con el permiso que sólo las vacaciones entregan para dormir durante horas y como trabajadores que no se conocían, se prometían mantener el contacto durante el año.

Las miradas prejuiciosas y de desaprobación de los vecinos de las comunas no daban miedo. Allende y la Unidad Popular les habían dado a las y los trabajadores un

empoderamiento distinto al de otras épocas. Aún así, para el verano de 1973 aquel aire caluroso ya no era tan liviano; y las risas, de a poco fueron cada vez más silenciosas.

Morir un poco

En 1973 Barrientos no fue a trabajar como monitora a los balnearios. Estaba embarazada y tenía otros compromisos, pero nunca se imaginó que no volvería a pisar la arena gruesa de Las Cruces. En septiembre de ese año las y los trabajadores vieron derrumbar su República. Poco después, los balnearios populares se cerraron abruptamente. María Angélica dio a luz el 10 de septiembre de 1973 entre los cerros de Valparaíso, jamás pensó que se podía pasar de la alegría inmensa, a la tristeza absoluta tan rápido.

“Yo recuerdo que desperté el 11 de septiembre, abrí los ojos y había una monja al frente de mi cama que me dijo: dichosa su guaguita, porque ha tenido la bendición de Dios, va a vivir libre porque los militares nos vinieron a salvar de los comunistas”, recuerda Barrientos, quien quedó paralizada, con su hijo en brazos sin saber lo que estaba pasando afuera de las murallas del hospital. Su pareja llegó un par de horas después con un delantal blanco, María Angélica supo de inmediato que desde ese momento nada sería fácil. El hospital estaba rodeado de militares, los funcionarios de boca abajo en el suelo, Barrientos, su hijo y pareja, salieron a punta y codo del lugar. Lo que no sabían era que ese escape sería el primero de muchos. Al llegar a su casa se dieron cuenta que había sido allanada.

Aquel 11 de septiembre en Santiago, Arturo Martínez estaba dirigiendo la toma de una de las empresas asociadas al Cordón Industrial de Vicuña Mackenna. Junto a sus compañeros veían pasar a la gente asustada, corriendo y gritando que Salvador Allende había muerto. Sabían que lo peor aún no pasaba. “Ese mismo día nos intervinieron la empresa, los militares nos agarraron a balazos, tratamos de defendernos con lo que teníamos y en eso murieron compañeros, otros logramos salir y así empezó la odisea de la clandestinidad”, relata Martínez.

Los militares bombardearon La Moneda; Allende se despidió arengando al pueblo, el cual le permitió llegar al gobierno; cientos de casas fueron allanadas; jóvenes, militantes, dirigentes, mujeres y hombres fueron detenidos a la fuerza; las y los trabajadores vieron como su República se caía a pedazos; los balnearios populares fueron olvidados. Todo ocurría

el mismo día, al mismo tiempo. El Golpe arrasó con todo, no sólo con Allende y los partidos políticos de izquierda, arrasó con un sueño, con el proyecto de cambiar la historia.

Todo fue rápido, doloroso y violento. Miguel Lawner fue detenido en su lugar de trabajo el 12 de septiembre y al igual que la mayoría de los ministros y colaboradores cercanos al presidente Allende, Lawner fue trasladado a Isla Dawson, para luego formar parte de la larga lista de prisioneros políticos en la Academia de Guerra de la Fuerza Aérea ubicada en la comuna de Las Condes. Esto, mientras habilitaban algunas de las cabañas de veraneo de los trabajadores como centros de concentración. Así fue como el arquitecto que había visto de cerca la construcción de los balnearios populares, terminó detenido en el complejo vacacional de Ritoque.

Los militares se apropiaron de las cabañas de veraneo en Santo Domingo, Pichidangui, Puchuncaví y Ritoque. El resto de las cabañas se repartieron como botín de guerra entre las Fuerzas Armadas, algunas se siguieron utilizando como centros de veraneo para los militares, mientras que otras fueron condenadas al olvido.

Al igual que Miguel Lawner y Arturo Martínez, quien en 1974 estuvo detenido en el campo de prisioneros políticos Chacabuco, María Angélica Barrientos fue detenida y trasladada en diciembre de 1975 al centro de detención y tortura Silva Palma en Valparaíso, luego la llevaron a Villa Grimaldi, Tres Álamos y Cuatro Álamos. Fueron seis meses en los que estuvo desaparecida para su familia. Seis meses en que el tiempo se detuvo. Barrientos no recuerda fechas, lugares y experiencias, porque como ella dice, durante esos meses dejó de existir. Sin embargo, hay algo que no olvida: el encuentro con una barraca de madera al llegar a Tres Álamos. “La miré y dije, pero si esto es balneario, es la misma estructura, las mismas piezas, tenían el mismo diseño”, relata la monitora. Y no estaba equivocada, los militares habían ocupado y destruido las cabañas.

Al salir en libertad se enfrentó a un nuevo golpe, su hermano y su pareja estaban detenidos en Melinka, el entonces ex balneario popular de Puchuncaví. El temor que tenía se convirtió en una realidad, las cabañas de veraneo para las y los trabajadores habían sido transformadas en espacios de detención, tortura y desaparición.

Capítulo II

AL DIABLO TAMBIÉN LE GUSTABA EL MAR

El 16 de septiembre de 1973 hubo un allanamiento en La Legua, lugar donde vivía Gerardo Rubilar junto a su familia. Los militares se llevaron detenidos a casi todos los pobladores, en su mayoría hombres. Nadie supo a dónde se los llevaban, ni qué pasaría con ellos. El terror de la dictadura se apoderó de las familias.

Ese día Nelly Andrade estaba en casa de sus padres y no supo nada hasta el día siguiente, 17 de septiembre, que fue a La Legua a ver si los rumores de un allanamiento eran ciertos. Y sí, lo eran. Se habían llevado a Gerardo y a varios dirigentes y vecinos del lugar. Sintió como su pecho se apretaba, y hasta el día de hoy lo siente cuando recuerda ese momento confuso; su voz pierde intensidad, ya no es la misma voz que relataba los días de verano en el balneario de Tongoy. Ahora pausada y temblorosa, relata el momento en que una compañera le dice que vio como los militares habían matado a Gerardo.

No, no mataron a Gerardo pensó y sintió Nelly al escuchar tal afirmación. Para ella no era una posibilidad y a pesar de que distintas personas trataron de hacerla entender que podía ser real, ella a sus 19 años empezó la búsqueda del hombre con el que proyectaba su futuro. Fue al Estadio Chile y no encontró respuestas, pero la esperanza se avivó cuando una amiga de La Legua le dijo que todos los dirigentes de la población estaban detenidos en el Estadio Nacional. Esa mínima posibilidad la impulsó a levantarse todos los días e ir al Estadio esperando saber de Gerardo. De a poco iban soltando gente, pero nadie reconocía al joven dirigente de la CUT dentro de los detenidos. Los días pasaban, las posibilidades de la muerte estaban ahí, en un rincón, esperando apoderarse de la realidad.

El 16 de octubre de 1973 Nelly recibió un llamado. Era Gerardo, vivo, respirando, llamando a su novia. Aquella voz que la había enamorado la llamaba para decirle que estaba de vuelta con ella. “Sentí un alivio enorme y una alegría tremenda. Cuando me dijo que estaba en La Legua me fui al tiro para allá”, cuenta Andrade, quien al ver nuevamente a Gerardo se propuso no volver a estar sin él. Sin embargo, a pesar de la felicidad, la amenaza de la dictadura se había instalado entre los dos.

Gerardo, como muchos de sus compañeros comunistas, empezó a cambiar constantemente de domicilio, pero a pesar de las inseguridades del contexto nunca dejó de ver a Nelly. En enero de 1974 se veían dos o tres veces a la semana, a veces una,

dependiendo de la seguridad del momento. Para Nelly fue difícil aceptar aquella distancia que se entrometía en su relación, pero para Gerardo no podía ser de otra manera, a pesar de todos los peligros que enfrentaba diariamente, su principal miedo era que algo le pasara a Nelly.

El viernes 24 de enero de 1974, Nelly estaba en casa de sus padres cuando llegó Gerardo a verla y contarle que se iría fuera de Santiago por el fin de semana. No dijo nada más, ni a dónde ni a qué iba, solo que si todo salía bien la iría a buscar para que se fueran juntos. Sin embargo, Nelly no podía quedarse con la duda, así que le preguntó varias veces hasta que Gerardo no tuvo opción. Se iba a un curso de defensa del partido. “Yo quise ir con él, me dijo que no, que iba primero a ver la seguridad y si todo estaba bien me llevaba. Y se fue. El domingo 27 de enero de 1974 en vez de ir él a buscarme llegó la DINA”, recuerda Andrade.

Aquel domingo llegaron unos hombres extraños a la casa de los padres de Nelly, asegurando que la buscaban por pedido del pelao; apodo con el que la familia y amigos de Gerardo lo llamaban al salir del Estadio Nacional, ya que durante su detención los militares le habían cortado todo el pelo. “Cuando llegaron a mi casa salió a abrir la puerta mi cuñado, él me avisó que me buscaban y cuando fui a ver, me encontré a los tipos dentro de la casa. Me mostraron una carta y supe al tiro que no venían por parte de Gerardo”, cuenta Nelly.

En ese momento se acordó que en la navidad de 1973 había ido con Gerardo a ver a Ernesto, hermano de su pareja, quien en ese momento estaba en la clandestinidad. El dirigente de la CUT le pidió a su hermano mayor que le escribiera una carta a su mamá para que ella supiera que estaba bien. Ernesto le dijo que no, que era muy peligroso si lo pillaban luego a él con esa carta. Ese momento cobró sentido en la memoria de Nelly, cuando esos hombres en el living de su casa le aseguraban que Gerardo los había mandado a buscarla. “Él nunca hubiese mandado a nadie a buscarme”, asegura Andrade.

Y tenía razón, esos hombres no eran amigos ni compañeros de Gerardo, eran agentes de la DINA de Manuel Contreras. Ese día se la llevaron detenida a Londres 38, lugar donde fue brutalmente torturada durante una semana. Todas las preguntas giraban en torno a gente de La Legua y diferentes compañeros comunistas de Gerardo. Nelly nunca dijo nada, a pesar de todas las amenazas y torturas. Y puede ser que por eso no la soltaron, de Londres 38 la llevaron a Tejas Verdes, ahí estuvo un mes.

“En uno de los interrogatorios en Tejas Verdes me dijeron que me iban a sacar la capucha, que no abriera los ojos, pero alguien necesitaba verme”, relata Andrade, quien sintió

como arrastraban un cuerpo mientras ella aún tenía la cara cubierta. “Viste que está acá, viste que la tenemos”, decían los torturadores cuando descubrieron el rostro de Nelly. En ese momento sólo se escuchó un gemido, por miedo ella no abrió los ojos, al minuto la cubrieron nuevamente. “Yo tengo la sensación de que ese cuerpo, que no podía caminar, era Gerardo. Porque yo siento que a él lo torturaron mucho con que me tenían, porque yo sé que él nunca dijo nada, ni reconoció a nadie”, dice Andrade. De ser cierto su presentimiento, ese fue el último día que estuvo en la misma habitación que Gerardo, sin verlo, tocarlo, ni escucharlo.

Los nuevos veraneantes

No fue casualidad. Nada de lo que pasó después del golpe fue casualidad. De la misma forma en que los militares entraron a La Moneda el 11 de septiembre, se adueñaron de cuerpos y vidas ajenas. Y también de las cabañas de veraneo de los trabajadores en Santo Domingo, Pichidangui, Puchuncaví y Ritoque. Eran lugares perfectos. Lo suficientemente grandes y equipados para hospedar a nuevos veraneantes; en el caso de Santo Domingo, jóvenes conscriptos y suboficiales de carabineros que prontamente se transformaron en agentes de la DINA. Mientras que en Puchuncaví y Ritoque, las cabañas serían ocupadas por prisioneros políticos de la dictadura. El complejo vacacional en Pichidangui tuvo otra suerte, se transformó en un recinto de descanso para miembros del Ejército, que hasta el día de hoy sigue vigente. El resto de las construcciones fueron vendidas a privados o desmanteladas, los militares hicieron desaparecer todo rastro de la República del pueblo trabajador.

Las cabañas de veraneo para las y los trabajadores en Santo Domingo hospedarían por meses a hombres y mujeres, pero estos saldrían de ahí dispuestos a matar. Era lo suficientemente oculto y silencioso para que nadie sospechara que, en aquella arena negra se instalaría la primera escuela de tortura en Chile. Y no podía ser de otra manera, Manuel Contreras Sepúlveda, mano derecha e izquierda de Pinochet, era el hombre a cargo. El dueño y señor de la región, director del regimiento más importante del país: Tejas Verdes. Lo tenía todo planeado y controlado.

Manuel Contreras era un personaje reconocido en la quinta región; era gerente de la Empresa Pesquera de Chile (EPECH) ubicada en San Antonio, iba constantemente a la radio de la comuna, asistía a cenas con militares de alto rango y lo más importante, conocía cada

rincón del Litoral Central, incluyendo el balneario popular de los trabajadores en Santo Domingo: once hectáreas que se pierden en la orilla del Río Maipo y el mar. Mismo mar que alguna vez vio a niños y adultos correr por la orilla, andar en bote y mirar el atardecer. Mismo mar que vio como esos niños y adultos se derrumbaban ante el horror de la tortura.

Dos años antes del golpe de Estado el ministro de Vivienda y Urbanismo, Carlos Cortés Díaz, murió repentinamente. La CUT, a modo de homenaje, nombraría legalmente el balneario de Santo Domingo “Villa de Turismo Social Carlos Cortés”, pero eso nunca pasó. El Estado no alcanzó a traspasarle el sitio a la Central Única de Trabajadores y una vez que los militares llegaron al poder, todo, o casi todo, era de ellos. Aquel balneario construido durante el gobierno de Salvador Allende de a poco empezó a recibir futuros agentes de la unidad de inteligencia más criminal del país.

“Santo Domingo tuvo la desgracia de estar al lado del regimiento de Tejas Verdes, dirigido por Manuel Contreras. Era una buena fórmula donde tener controlado al personal”, lamenta Miguel Lawner. A Contreras le bastaba cruzar el puente sobre el río maipo para llegar a la escuela de tortura. Según detalla el Informe Rettig, al momento de concluir la tortura en Santo Domingo, los prisioneros eran devueltos “de la escuela, al campamento”.

Carolina, vecina de Santo Domingo y a quien se le cambió el nombre en resguardo a su identidad, pasaba todos los días por ese puente para ir al trabajo, desde ahí veía a los presos políticos de Tejas Verdes y disimuladamente les hacía un gesto, un cariño, “les mandaba un beso con mi mano”, dice, recordando que un poco más allá, hacia el poniente, estaban las cabañas con forma de “A” convertidas en un lugar para la tortura. “Era terrible, porque uno tenía noticias de lo que habían sido esas casitas”, menciona Carolina.

Profesores de la tortura: con nombre y apellido

De dos semanas a tres meses podía durar el curso en Santo Domingo ¿por qué la diferencia en la duración? Probablemente por las desiguales preparaciones con las que llegaban los futuros agentes. Sin embargo, es uno de los tantos secretos con el que se quedó Manuel Contreras. Independiente de todo lo que podían aprender sobre tortura, era algo que se aprendía en la práctica, en el momento en que a esos jóvenes conscriptos y suboficiales de carabineros les ponían un cuerpo al que hacer hablar.

Pero para prepararse y hacerse una idea de lo que les tocaría hacer, Contreras había escogido con pinzas el equipo de profesores. El director de la DINA y la escuela de tortura se apoyaba en el mayor del Ejército, César Manríquez y el coronel Manuel Andrés Carevic. Los dos trabajaron como instructores en la escuela de Santo Domingo y fueron agentes de la DINA.

Una vez que Manuel Contreras se ubicó en Santiago al mando de la Dirección de Inteligencia Nacional, Manríquez fue destinado a la jefatura de la Brigada de Inteligencia Metropolitana, dirigiendo las principales brigadas y agrupaciones operativas de la DINA en la región. Dentro de aquellos equipos estaba la agrupación Ciervo, dirigida por Carevic; perteneciente a la Brigada Purén, encargada de desarticular al Partido Socialista hasta 1975 y al Partido Comunista en 1976. Si bien estaban los tres al mando de la escuela, el cuerpo de profesores era mucho más grande.

Eran 11, incluyendo a Contreras, Manríquez y Carevic. Once profesores que han sido identificados como autores de crímenes de lesa humanidad.

Ingrid Olderock Bernhard fue la única mujer que participó como instructora en Rocas de Santo Domingo. Una mujer entre 10 hombres expertos en técnicas de tortura. No era una más. La mujer de los perros, como se titula el libro de Nancy Guzmán,⁵ fue la oficial de carabineros con más poder dentro de los servicios de inteligencia en dictadura.

Contreras no conocía a Ingrid antes de escogerla para que se hiciera cargo del grupo femenino de la DINA. Ella, junto al grupo de mujeres, se integraron en enero de 1974 cuando la escuela en Santo Domingo ya había impartido sus primeros cursos.

Una vez instalado en Santiago, Manuel Contreras mandó a llamar a Olderock a su oficina en Belgrado por recomendación de los altos mandos de Carabineros, institución donde ella destacó como cinturón negro en karate, tiradora experta, jinete experta y adiestradora de perros experta. Ella en sí era un comando. En su primer encuentro, Contreras no dudó en destacar las cualidades de Olderock, eso a ella le encantó, sobre todo porque el Mamo le dio la posibilidad de integrar una entidad militar.

Ingrid ingresó a la DINA con el grado de capitán, pero nadie lo cuestionó. Ella contaba con una capacidad de mando que lograba que todos le temieran y por ende, la

⁵ “Ingrid Olderock, la mujer de los perros” libro de la periodista Nancy Guzmán que narra la historia de la agente de la DINA, que utilizaba su perro para violar y torturar a las y los detenidos en el centro de tortura Venda Sexy.

respetaran. Tal vez por eso siempre tuvo muy buena relación con Manuel Contreras, incluso le llegó a tener afecto. Él la llamaba “la gringa” y le permitía algunos desacatos que eran impensados para otros miembros de la organización.

Para las mujeres entrar a la DINA no era una tarea fácil, además del curso de preparación había que rendir una prueba de selección. La que no ponía a prueba elementos físicos, sino más bien de lealtad e inteligencia. A algunas mujeres que hicieron el curso en Santo Domingo se les dio la tarea de conseguir información sobre el armamento bélico con el que contaba una comisaría en Macul, comuna de Santiago. Ellas, para cumplir con la tarea, se vistieron como prostitutas y se acostaron con todos los hombres de aquel cuartel para obtener la información. Luego, una vez pasada la prueba, esa comisaría fue intervenida y castigaron a todos quienes estaban ahí por entregar información privada. Eso hacía la escuela de Santo Domingo, preparaba gente que siguiera órdenes, sin dudar ni limitarse por valores morales. Una vez terminado el curso, Ingrid Olderock se trasladó a Santiago para incorporarse a las tareas de represión y tortura de forma directa. Además, estuvo a cargo de los grupos de mujeres repartidas entre la clínica Santa Lucía y Rinconada de Maipú.

Olderock nunca fue menos que sus compañeros hombres: Ricardo Lawrence Mires, quien en su paso por la DINA fue Jefe del grupo Águila y Subjefe de la Agrupación Delfín, hombre a cargo de los cuarteles clandestinos Londres 38, Villa Grimaldi y José Domingo Cañas; Ciro Ernesto Torrè Sáez, agente de la DINA y miembro de la Agrupación Cóndor. Miguel Krassnoff Martchenko, Jefe del grupo Halcón 1 y 2, dependientes de la Agrupación Caupolicán; Raúl Iturriaga Neumann, Jefe de la Agrupación Purén; de la que Gerardo Urrich González, también instructor de Santo Domingo, participó como Subjefe; Christoph Willeke Floel, encargado de la Subdirección de Inteligencia Exterior e integrante del Estado Mayor de la DINA; y Cristián Labbé, de quien no se tienen muchos antecedentes de su participación como agente de la DINA, pero sí ha sido reconocido, tanto por víctimas como conscriptos, en algunos centros de detención y tortura, como Tejas Verdes.

El nombre de Labbé, ex alcalde de Providencia, empezó a aparecer con los testimonios judiciales de los agentes de la DINA. Muchos de ellos lo recordaban como instructor en la escuela de Rocas de Santo Domingo. Sin embargo, los testimonios más relevantes en la acreditación de su participación en actos de tortura son los de Anatolio Zárate, prisionero de Tejas Verdes y Héctor Patricio Salvo, conscripto con responsabilidades dentro del mismo recinto. Este último vio a Labbé dentro del equipo torturador de Tejas

Verdes en octubre de 1973. El relato coincide con el testimonio de sus alumnos en Santo Domingo.⁶ Anatolio Zárate ha sido el único sobreviviente del regimiento que recuerda a Cristián Labbé.

El relato de Héctor Patricio Salvo y Anatolio Zárate se publicó en el libro del periodista Javier Rebolledo *El despertar de los cuervos. Tejas Verdes y el origen del exterminio en Chile*, investigación que sirvió para narrar historias y testimonios que fueron parte de las causas que enfrentó Labbé durante el 2013. “No sabemos cuál fue su participación en específico -en Tejas Verdes-, si fue líder o no. Porque perfectamente el tiempo que estuvo ahí pudo haber estado involucrado en la desaparición de personas. No podría asegurarlo, pero sí podría decir que estuvo metido en los peores lugares y en las peores operaciones,” reflexiona Rebolledo, quien antes de escribir su libro había leído de Santo Domingo como escuela de tortura, pero no en la prensa sino más bien en las declaraciones judiciales de ex agentes de la DINA, donde narran desde su formación hasta sus actos criminales. Santo Domingo aparecía una y otra vez.

Puras Mentiras No Comente Nada

Allí, en la orilla del mar de Santo Domingo se creó la Dirección de Inteligencia Nacional. Manuel Contreras Sepúlveda, “el Mamo” para los amigos, lo tenía todo planeado. Su paso por la Escuela de las Américas⁷ en Panamá, lugar donde se instruyó junto a agentes de la CIA en métodos de represión contra “grupos subversivos de izquierda” y destacó por ser el mejor alumno, lo dejó preparado para crear y liderar un programa de exterminio durante la dictadura militar. El primer paso: formar una unidad de inteligencia con facultades para detener, secuestrar, torturar y matar. Su designación al mando de aquel órgano represivo no estuvo exenta de polémica. Al parecer varios generales querían dirigirlo y se resistieron ante el nombramiento del Mamo; en ese entonces él era simplemente un comandante. Pero a Pinochet no le importó, por alguna razón el General necesitaba a Contreras. Por lo que

⁶ Rebolledo, J. (2013). “El despertar de los cuervos. Tejas Verdes y el origen del exterminio en Chile.” Pp.160

⁷ La Escuela de las Américas fue una entidad creada por Estados Unidos para la instrucción militar y la unión de los países de América Latina contra el comunismo. Entre 1946 y 1984 pasaron más de 60.000 militares de diferentes países. Muchos nombres de quienes fueron instruidos en la escuela son conocidos por su activa participación en violaciones a los derechos humanos, como Manuel Contreras.

rápidamente fue nombrado coronel, el coronel Manuel Contreras, director de la Dirección de Inteligencia Nacional.

Si bien esta entidad comenzó a funcionar en noviembre de 1973, mes donde el coronel presentó ante la Junta su plan de inteligencia con nombres y apellidos, no fue hasta junio de 1974 que se constituyó formalmente a través del Decreto de Ley 521.

Sandro Gaete, quien por años dirigió la Brigada de Derechos Humanos de la Policía de Investigaciones, cuenta que en uno de los interrogatorios a Ricardo Lawrence, mano derecha de Contreras, este le dijo: “ustedes no saben ni el 10% de lo que ocurrió”.⁸ Y no sería raro, la DINA era una organización completa y al estar conformada principalmente por miembros de las FFAA contaban con un sistema de inteligencia muy similar y hermético. Sin embargo, aquella unidad criminal no era nada sin Contreras, todo pasaba por él. Pero como ya es sabido, no era el único hombre al mando; “en palabras de Contreras, Augusto Pinochet era “el otro” que sabía todo. Contreras se definió como el subdirector de la DINA, el director era Pinochet”,⁹ relata Gaete.

El proceso de creación de esta unidad de inteligencia venía acompañado con la formación de agentes. Y aquellas cabañas con forma de “A” en Santo Domingo rápidamente se convirtieron en salas de clases para más de 400 conscriptos y efectivos de carabineros, conformado por hombres y un grupo de aproximadamente 25 mujeres.

Para la fecha en que la escuela dejó de funcionar se estima que pasaron cinco promociones de aprendices, quienes llegaban sin saber que lo que aprenderían ahí era el comienzo de un camino sin retorno. En pocos meses Santo Domingo se convirtió en la primera escuela que enseñaba técnicas de tortura en Chile. Era una versión modesta de la Escuela de las Américas; modesta, pero igual de criminal.

Los primeros que supieron de esta escuela fueron los militares y conscriptos del Regimiento N°2 de Ingenieros “Tejas Verdes”, ubicado al otro lado del Río Maipo, regimiento que tras el golpe se convirtió en el primer campo de prisioneros políticos. Y como empezó a funcionar antes que la escuela de Rocas de Santo Domingo, los conscriptos que custodiaban el regimiento comenzaron a desconfiar de la llegada de autobuses con cientos de hombres y mujeres a la región. Durante los primeros días la sospecha sólo quedó en sospecha, nadie hablaba, nadie preguntaba. “Llegaban en verdaderas manadas, arriba de los

⁸ Citar Villa Grimaldi.

⁹ Citar Villa Grimaldi

buses. Sin el uniforme, pero con el rótulo en la frente: afuerinos.”¹⁰ Era imposible no verlos, era imposible no dudar. El movimiento, la salida y entrada de vehículos, la gente nueva, no pasaron desapercibidos. Imposible hacerlo, en Santo Domingo sólo se escuchaba el mar y el ruido de los neumáticos pasando sobre el camino de tierra que conectaba el ex balneario con el resto de la comuna. Poco tiempo después, la sospecha se convirtió en una verdad: estaban entrenando gente para el plan de inteligencia del coronel Manuel Contreras.

Los conscriptos en formación estaban de paso en Santo Domingo, su futuro estaba en algún centro de tortura en Santiago u otra región de Chile. Pero ellos no lo sabían, como tampoco sabían porqué estaban ahí, porqué ellos. Contreras nunca reveló el criterio de selección de los futuros agentes, tampoco lo hicieron los otros instructores a cargo. Por alguna razón estaban ahí, en el momento preciso para poner en marcha un programa de inteligencia preparado con gran rigurosidad. “Tuve que firmar un papel que indicaba que había sido seleccionado para unas vacaciones en la playa. (...) y sin saberlo estaba en la DINA”¹¹, relata Samuel Fuenzalida, quien para ese entonces estaba haciendo su servicio militar en Calama, lugar donde le tocó presenciar el paso de la Caravana de la Muerte y participar en allanamientos y detenciones con motivos políticos.

“Basándose en que nuestro más valioso capital es el elemento humano, examinamos sus antecedentes de salud y considerando su natural desgaste físico y síquico, más sus valiosos servicios prestados a la Reconstrucción Nacional la Superioridad ha decidido premiarlo enviándolo al Centro Nacional de Rehabilitación con el objeto de concederle un merecido descanso de tipo obligatorio en la costa, en el campo y en la montaña.” (Bonney, P. 2018:288)

El 30 de noviembre de 1973 el joven de 19 años se enteró que había sido seleccionado para pasar unas vacaciones en el Litoral Central, una total sorpresa puesto que nunca había postulado ni había solicitado unas vacaciones. Es más, de haberlo hecho, era lejana la posibilidad de ser merecedor de dicho premio. Meses antes al golpe de Estado, había sido castigado y trasladado a Toconao, lugar al que enviaban a los soldados con problemas de comportamiento.

¹⁰ Rebolledo, J. (2013). “El despertar de los cuervos. Tejas Verdes y el origen del exterminio en Chile.” Pp. 147

¹¹ Testimonio extraído de video Londres 38

La hoja donde se le comunicaba a Fuenzalida de sus vacaciones tan merecidas estaba timbrada por la Dirección Nacional de Rehabilitación (DINAR), firmada por el director general del Comité de Preservación de Recursos Humanos Útiles, Roberto Echaurren Figueroa y en la parte de abajo, a la izquierda, aparecían las iniciales P.M.N.C.N.¹²

Chile era bombardeado desde distintos frentes y en medio de tanta violencia unas vacaciones parecían un sueño; mismo sueño que tenían las y los trabajadores junto a sus familias un par de años antes. Al parecer todo fue muy rápido, como todo lo que ocurría en aquel momento, Samuel Fuenzalida junto a otros jóvenes conscriptos fueron subidos a los buses que los llevarían a la playa. y partieron rápidamente a conocer las cabañas de Santo Domingo. Entre todas las mentiras, la única verdad era que iban pasar unas semanas a la orilla del mar.

Al bajar de los buses la sorpresa creció, frente a las seis grandes cabañas los estaba esperando Manuel Contreras Sepúlveda junto a militares alemanes para darles la bienvenida a Rocas de Santo Domingo: la primera escuela de tortura e inteligencia del país. Con arengas patrióticas y unas frazadas los mandaron a descansar a las cabañas. De a poco el miedo, silencio y desconfianza se fue apoderando de aquel recinto vacacional. A la mañana siguiente, Contreras los esperaba en tenida de campaña para explicarles en qué consistían aquellas vacaciones. “Puras Mentiras No Comente Nada” (P.M.N.C.N), eso habían firmado los jóvenes soldados al recibir la carta ganadora. El coronel les explicó que habían sido seleccionados para integrar la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA), al ser la crema de la crema del Ejército, por lo que debían sentirse orgullosos, formarían parte de la organización que salvaría al país. Samuel Fuenzalida no entendía nada, él joven era de izquierda y mirando a sus compañeros, recordaba que muchos de ellos, incluyéndose, habían tenido problemas de conducta anteriormente ¿por qué nosotros? se preguntaba Fuenzalida y probablemente la mayoría de los jóvenes que comenzaron su formación como agentes aquel día.

En esa promoción egresaron unos seiscientos alumnos y aproximadamente 300 de ellos eran carabineros que estaban haciendo el curso de suboficiales. A la par, el 1 de enero de 1974, llegó a Santo Domingo un grupo de 25 mujeres, entre 16 y 20 años, lideradas por Ingrid Olderock. Este grupo de mujeres había sido seleccionado entre octubre y noviembre de 1973 para conformar el escalafón femenino de la DINA. Durante dos meses se les entregó

¹² Bonnefoy, P. (2018): Cazar al Cazador. Pp, 288.

una formación separada a la de los hombres, puesto que ellos ya tenían conocimientos previos. Sin embargo, de enero a marzo, a ellas también se les instruyó sobre técnicas de tortura para la guerra antisubversiva; al mismo tiempo que se les enseñó a disparar, a conducir, técnicas básicas de artes marciales y de seguimiento a opositores, entre otras cosas.

Las mujeres que formaron parte de la escuela no sabían de qué se trataba al momento de aceptar la invitación de Ingrid Olderock, quien les mencionó que formarían parte de un organismo muy especial que se encargaría de la seguridad del país. Muchas de ellas no lo pensaron ni dos veces, era una posibilidad de trabajo, salario y formación que en algún momento se les había negado, puesto que la mayoría de ellas habían postulado con anterioridad a la escuela de carabineros y habían sido rechazadas por mal desempeño. Y así, las 25 mujeres que llegaron el 1 de enero de 1974 a Santo Domingo fueron las mismas que se recibieron como agentes de la DINA en marzo de aquel año. La única diferencia fue que a ese grupo se les sumó un equipo de enfermeras de la Cruz Roja que había estado en una escuela en Melipilla, pero formalmente no hicieron el curso en Santo Domingo.

Mientras el instructor Cristián Labbé le hacía clases de educación física a los hombres, Ingrid Olderock les enseñaba a las mujeres a disparar. Ponía fotografías de Miguel Enriquez, Salvador Allende, Carlos Altamirano y personajes que eran enemigos, para que las mujeres les dispararan. Según el testimonio que le entregó Olderock a la periodista Nancy Guzmán antes de morir, ella tenía un límite, los perros. Ingrid los entrenaba, por lo que tenía una especial simpatía por esos animales y por lo mismo, le comentó a la periodista, que los límites se sobrepasaron cuando en una de las instrucciones en la escuela de Santo Domingo se les enseñó a las mujeres a descuartizar con un perro. Este hecho casi inédito ocurrió cuando fueron las boinas negras, unidad de combate especializada del Ejército, a enseñar cómo aniquilar al enemigo, por su previa instrucción, este grupo de mujeres tenían métodos diferentes. Independientemente de las distintas enseñanzas, tanto a hombres como mujeres se les enseñó a ser criminales y todos los instructores que pasaron por la escuela estuvieron de acuerdo.

Luego de la preparación, Samuel Fuenzalida fue destinado al cuartel general de la Brigada de Inteligencia Metropolitana (BIM), ubicado en Rinconada de Maipú. Durante ese año le tocó trabajar como funcionario de la DINA en Londres 38 y en mayo fue trasladado a Villa Grimaldi. Si bien él realizaba tareas más bien administrativas, presenció sesiones de tortura en ambos cuarteles. Ya en marzo de 1975 con el término de su servicio militar,

Fuenzalida solicitó su renuncia por supuestos problemas económicos y familiares, una mentira que le permitió quedar con una aparente libertad, puesto que al retirarse de la DINA tuvo que firmar su sentencia de muerte, si decía algo de lo que había visto y escuchado durante esos años lo matarían.

La escuela de Rocas de Santo Domingo fue la primera. y para muchos, la única. En mayo de 1974 la DINA estaba activa y con agentes muy bien preparados. La máquina de tortura estaba funcionando y con personas dispuestas a hacerla andar durante el tiempo que fuera necesario. El trabajo de Manuel Contreras en Santo Domingo estaba listo y ya se preparaba para una nueva misión: dirigir la Dirección de Inteligencia Nacional desde Santiago. Muy cerca de Pinochet. Belgrado N°11, el Cuartel General de la DINA, se convirtió en el nuevo lugar de trabajo del Mamo. La escuela en Santo Domingo funcionó algunos meses más sin Contreras, hasta que se trasladó oficialmente a Santiago, a un terreno de la Universidad de Chile en Rinconada de Maipú. De la misma forma, muchos de los célebres instructores se fueron a dirigir los centros de detención más importantes del país. La tortura como método de represión ya se había instalado en todos los cuarteles de detención clandestina, “el país está tranquilo, porque disponemos de un buen servicio de inteligencia” declaraba ese año Augusto Pinochet.¹³

No eran nada, ni siquiera un número

En los testimonios judiciales no sólo aparecía Santo Domingo como lugar de formación de agentes, las cabañas construidas originalmente para el veraneo de las y los trabajadores también funcionaron como ex centro de detención y tortura. Manuel Contreras había sido trasladado a Santiago, igual que la escuela, pero las cabañas aún estaban ahí. El cierre de Tejas Verdes en junio de 1974 impulsó a los militares a que ocuparan el ex balneario popular como centro de detención y tortura. Allí a la orilla del mar donde nació la DINA y se formaron cientos de agentes, también se torturó.

“Cuando llegué acá me las creía todas. Ya me habían torturado, violado... Yo dije, qué más me puede pasar, llegué canchera. Pero cuán equivocada estaba. Lo que yo pasé en otras partes no fue nada a lo que me sometieron acá, en Santo Domingo”, recuerda Ana Becerra. Para el 11 de septiembre de 1973 Ana tenía 17 años y estaba embarazada. Un padre

¹³ Diario Las Últimas Noticias, 1974: Entrevista a Augusto Pinochet.

socialista y tres años de militancia en el MIR parecían motivos suficientes para los militares que se llevaron detenida a Ana tres días después del golpe de Estado. Para ella no hay razones ni excusas que la hagan entender por qué terminó en el Regimiento N°2 de Ingenieros Tejas Verdes. Lugar en el que estuvo más de dos meses junto a compañeras y compañeros de militancia. Lugar que recuerda constantemente y del que habla con una aparente facilidad. Sin embargo, Tejas Verdes no fue el único centro en el que estuvo detenida y tampoco es del que guarda los peores recuerdos. Poco tiempo después de que la dejaran en libertad, los militares la volvieron a detener. El destino: aquel terreno escondido a la orilla del mar donde habían veraneado cientos de trabajadores y trabajadoras; lugar donde se formaron aquellos agentes que la detuvieron por segunda vez.

Hasta 1974, Ana no conocía Santo Domingo, pero había escuchado del lugar de veraneo de los trabajadores por los sindicatos de construcción de su comuna.

En una de esas seis cabañas con forma de “A” en aquel terreno donde hoy sólo hay un bosque de espinos, un par de pilotes y baldosas rotas, Ana Becerra estuvo encerrada durante 45 días sin derecho a agua, comida y baño. Con un militar las 24 horas del día custodiandola.

Según sus recuerdos, era la única mujer entre 30 detenidos. Fue en esa cabaña donde se encontró con su amigo y compañero del MIR Jorge Silva, quien al igual que ella llegó a Santo Domingo días después de dejar Tejas Verdes. A 47 años de su detención, Ana y Jorge, parados en el mismo lugar donde hace años estaba *la* cabaña de tortura, se miran, recuerdan y con una sonrisa que logra esconder el horror vivido, llegan a la misma reflexión: “acá, en Santo Domingo, no éramos nada, ni siquiera un número”, dice Becerra.

No hay cifras. No hay números que determinen cuántas personas pasaron por Santo Domingo. Durante esos años habían cientos de detenidos desaparecidos y una gran cantidad de centros de detención y tortura que funcionaban clandestinamente. A partir de datos que ha conseguido Becerra, de la Vicaría de la Solidaridad y el Comité Pro Paz, se han podido contabilizar un total de 30 presos políticos en Santo Domingo: 20 del MIR y 10 del Partido Socialista; todos entre 17 y 22 años. De esos 30, se han encontrado 10 sobrevivientes y tres son de San Antonio. Ana y Jorge son los únicos que hablan públicamente.

Durante los 45 días que estuvieron ahí, sólo tuvieron derecho a una comida, nada más. Ni pipi, ni agua. “No tuvimos derecho a la vida” recuerda Ana, mirando uno de los árboles talados que conforman un pequeño bosque al interior del sitio. El bosque más ingrato en el que han estado. Justo en ese lugar recibieron la única comida. Ese día los sacaron a

“tomar sol”, los amarraron a los árboles, vendados. Al momento de comer les soltaron una mano para que agarraran una cuchara, al frente les pusieron un fondo. No sabían que había dentro, de lo único que tenían certezas era que estaban todos juntos. “Estábamos pegados al hombro del otro y los milicos parados por ahí nos gritaban: ¡cuidado no le vayas a picar el ojo a tu compañero!”, cuenta Ana, pero Silva la corrige: “nunca nos dijeron compañero, siempre fue ‘el *weón*’.

Antes de llegar a ese pequeño bosque, Jorge y Ana recorrieron casi todo el sitio, señalando e identificando cada lugar. Pero no fue hasta ese momento, entre esos árboles, que Silva se emocionó al relatar uno de los hechos que lo marcó. “Ese día en que nos dieron la única comida, yo no quería comer, no tenía hambre. Pero a ellos no les importó, me dijeron ‘come *weón*’ abalanzándose encima mío. Y yo no quería comer”, recuerda Silva, quien no pudo terminar la historia. Por alguna razón fue ese recuerdo el que lo quebró, el que no dejó que continuara hablando. No eran nada, ni siquiera un número.

Unos metros cerca del bosque estaba *la* cabaña de tortura, entre los arbustos, lejos del mar; aunque el sonido de las olas nunca se dejó de escuchar. Eran diez piezas, una de prisionero, otra de tortura; y así hasta completar las diez. A Ana la tenían en una pieza separada de sus compañeros. Al parecer las mujeres representaban un peligro distinto al de los hombres. Días antes de que llegara Ana, se les arrancó una prisionera: Isabel Romero. Ella nunca ha dado declaraciones ni ha vuelto a hablar del tema. Es una especie de mito. Todo lo que se sabe de su fuga es a partir del relato de los pescadores del Río Maipo que la encontraron luego que ella corriera por la orilla del mar hasta llegar a la otra ribera del río. Los pescadores la descubrieron al amanecer, sin ropa, escondida entre las totoras que bordeaban el lugar. Al correr por la playa se había desprendido de todo, tal vez para que creyeran que se había ahogado, o simplemente para dejar atrás todo lo que le pudiera recordar sus días en el centro de Santo Domingo. Al igual que el mar borró sus huellas, su ropa se llevó las manchas de la tortura. Para los agentes de la DINA, Isabel se había ahogado, para los pescadores, Isabel había sobrevivido al exterminio.

Nadie sabe cómo Isabel planificó su huída, si es que lo hizo. Nadie sabe cómo logró arrancar de un perímetro custodiado por guardias las 24 horas del día y con torres de vigilancia en las cuatro esquinas.

Ana llegó para reemplazar a Isabel y como no estaban dispuestos a perder de vista a ni una detenida más, la separaron del resto todo el tiempo que estuvo en aquella cabaña. El

único contacto que tuvo con sus compañeros, además del día en que los sacaron a comer, fue para su cumpleaños. Los militares le tenían un regalo, hicieron que el resto de los prisioneros le cantaran cumpleaños feliz; gracias a eso pudo reconocer la voz de algunos compañeros de militancia.

De a poco esas voces se dejaron de escuchar. Luego de 45 días eran sólo tres prisioneros los que quedaban: Ana, Jorge y “el chino”. Ese día, el último en Santo Domingo, los amarraron y los metieron en una camioneta con un nuevo destino: Villa Grimaldi. Hasta ese momento la incertidumbre no era hacia dónde iban, sino qué había pasado con sus compañeros. Una vez instalado en el nuevo centro de detención Jorge Silva recibió su primera visita, su madre. Probablemente la Vicaría de la Solidaridad o el Comité Pro Paz le informaron que su hijo estaba en aquel centro. En ese encuentro Silva se dio cuenta que tal vez no volvería a ver nunca más a sus amigos, a sus compañeros.

“Mi mamá me preguntó cómo estaba, yo le dije que bien, que por lo menos estaba vivo. Y ahí me dice que la abuelita -la vecina-, preguntó por su hijo. Yo no tenía idea qué había pasado con él. Había estado conmigo, pero un día lo dejé de ver y hasta el día de hoy no he sabido dónde está”, recuerda Jorge.

En 2017 por pedido de Ana y la Fundación por la Memoria San Antonio, fue hasta Santo Domingo el Ministro Hernán Crisosto, quien había dirigido distintas investigaciones sobre violaciones a los derechos humanos en dictadura. Ana tenía la sospecha de que habían cuerpos enterrados en el lugar. No tenía la certeza, sólo su intuición. Ante la duda, el ministro ordenó que se hiciera una excavación, pero no se encontró nada: “era muy difícil que enterraran los cuerpos ahí, era mucho más factible que los tiraran al mar”, explica Crisosto.

Hay antecedentes para pensar que varios cuerpos secuestrados en Santo Domingo o en recintos cercanos fueron arrojados a aquel mar que ayudó a escapar a Isabel Romero, pero que también recibió cuerpos torturados y asesinados durante los años de dictadura. Como nada fue casualidad en aquella época, la Pesquera Arauco ubicada en San Antonio, con el golpe pasó a ser administrada por la DINA; no podía ser de otra forma, Manuel Contreras era director de ambas entidades. Al igual que él, varios oficiales de la Dirección de Inteligencia Nacional formaron parte del directorio de la pesquera, entre ellos Pedro Espinoza Bravo, oficial del Ejército; Alejandro Burgos de Beer, mayor del Ejército; además de civiles que apoyaban el régimen militar. Quien tuvo el rol de intervenir el directorio, fue el oficial Mario

Jara Seguel, jefe de la Brigada de Inteligencia Regional con base militar en las cabañas de Santo Domingo.

Gracias a la querrela interpuesta por Erika Hennings y Londres 38 contra el directorio de la Pesquera Arauco, se ha logrado esclarecer el rol de la empresa en el secuestro, tortura y asesinato de dirigentes políticos del MIR y otras agrupaciones de izquierda. Los camiones que transportaban la mercadería de la pesquera, comenzaron a transportar prisioneros políticos, sin contar además que utilizaban las instalaciones en San Antonio para guardar cadáveres, que probablemente serían arrojados al mar junto al resto de los cuerpos. Del cuartel Yucatán -Londres 38- los prisioneros eran trasladados a Tejas Verdes y finalmente a Santo Domingo. Como no hay registros claros del paso de prisioneros por aquellas cabañas, es muy difícil determinar si ese era el último lugar al que llegaban, para perder la vida o era un paso más cercano a la libertad. Lo que sí sabemos es que los traslados se realizaban dos veces a la semana, el mismo recorrido durante enero y septiembre de 1974¹⁴.

A simple vista, en aquel terreno de Santo Domingo no hay nada más que vestigios, la arena negra y los árboles. A simple vista, porque detrás del bosque, en la parte más escondida del sitio aún queda una cabaña, la del general de turno. A diferencia de todo lo demás, aquella cabaña verde, con marcos blancos en las ventanas y una construcción distinta a la de los trabajadores, no se destruyó. Puede que no la hayan visto, o simplemente la dejaron ahí como símbolo de poder. En esa cabaña los militares hacían asados, festejaban y se reunían junto a sus familias, porque mientras trabajaban también veraneaban con sus señoras e hijos.

Desde la cabaña de tortura, Ana recuerda haber escuchado la voz de alguna mujer decir: “Oye *weón*, hoy día no trabajas hasta la noche, anda con los cabros chicos a la playa.” Solo unos metros separaban las cabañas de detención con las de veraneo para los agentes. Solo unos metros de distancia entre la tortura y la libertad.

Una vez trasladado todo el personal de la DINA junto a los tres detenidos a Villa Grimaldi, Rocas de Santo Domingo volvió a ser un lugar de vacaciones, pero para los trabajadores de la tortura. Al parecer las labores de inteligencia y exterminio eran cansadoras y quienes las ejercían tenían asegurado su derecho al descanso. Ya en 1977 tras la disolución de la Dirección de Inteligencia Nacional, el sitio pasó a ser propiedad de la nueva unidad de inteligencia dependiente del Ministerio del Interior: la Central Nacional de Inteligencia

¹⁴ Querrela Pesquera Arauco.

(CNI). Pero no fue hasta el 1 de diciembre de 1982 que la Municipalidad de Santo Domingo le transfirió de forma legal y gratuita el título de propiedad a la CNI, que una vez disuelta quedó en manos del Ejército. Para asegurar el poder sobre el sitio, el 26 de mayo de 1993 el Ejército le asignó la propiedad al patrimonio de afectación fiscal (PAF) del Comando de Apoyo Administrativo, entidad creada para poder administrar el patrimonio de la institución prescindiendo del control de Contraloría.

No fue casualidad. Nada de lo que pasó después del golpe fue casualidad. En Santo Domingo no se mueve ni una hoja. Tal vez por eso fue el lugar escogido para montar una escuela de tortura. Nadie diría nada. Nadie vería nada. Al parecer, al diablo también le gustaba el mar.

Capítulo III

NO LOGRARON HACER DESAPARECER LOS MOMENTOS

“Gerardo fue un hombre increíble, un hombre intachable. Nunca lo vi u oí decir nada para engañar a alguien, abusar o aprovecharse de un cargo”, menciona Nelly Andrade con tristeza y la voz quebrada. Pese a los años, para ella nunca ha sido fácil recordar aquel hombre de sonrisa perfecta.

Gerardo salió de su casa el 25 de enero de 1974, se despidió de todos pensando que estaría fuera solo dos días. Sin embargo, terminó siendo toda una vida. La ilusión de un futuro junto a Nelly, en democracia, desapareció con su paradero. No así los recuerdos, la imagen de su sonrisa y aquella convicción que llamaba la atención de todas y todos quienes lo conocieron.

La dictadura cívico-militar terminó casi 15 años después del secuestro y desaparición de Gerardo. Pero la información sobre su paradero no llegó con la democracia. Los pactos de silencio, las pérdidas de memoria, los papeles inexistentes y secretos hasta la tumba, no han permitido saber con certeza qué pasó con el joven trabajador de la CUT y mucho menos dónde está. Hoy, la única certeza para Nelly Andrade es que aquel hombre consecuente, de palabra y honestidad absoluta, murió de dolor. Lo que había sido para ella el último encuentro en Tejas Verdes, habría sido insoportable para Gerardo. “Yo siento que ese dolor lo mató, porque una vez me lo dijo; que mientras él viviera, nadie me pondría una mano encima. Yo siento que a Gerardo se lo llevó esa pena”, piensa Andrade.

Un día para recordarlo, para despedirlo, eso pide la familia Salamanca Morales; sólo una fecha. La que tampoco tienen con Ernesto, el hermano mayor de Gerardo que fue detenido junto a él. “Hemos hecho todos los pasos legales para buscar a mis hermanos. La última fecha donde lo vieron con vida fue el 28 de enero de 1974, en Londres 38”, cuenta Vladimir Salamanca.

Gerardo Rubilar Morales y Ernesto Salamanca Morales, forman parte de la lista de aproximadamente 1.248 personas desaparecidas -hasta el día de hoy- en manos del órgano de inteligencia más criminal del país, la DINA y posterior CNI. Misma institución que hizo desaparecer cuerpos, sueños y proyectos. La misma que destruyó todo rastro de la República del pueblo trabajador.

Hace siete años Nelly Andrade fue hasta Tongoy esperando encontrar aquellas cabañas tan importantes para su historia. Uno de los tantos recuerdos que tiene de Gerardo. Fue acompañada por su actual compañero, pareja y marido, pero no encontraron nada. Los años pasaron y aquel balneario se transformó totalmente. La pareja preguntó por las cabañas, pero las y los habitantes de la zona no sabían de su existencia y no solo porque ya no estaban ahí, sino porque no conocían el proyecto de Salvador Allende. El golpe no fue solo a la Unidad Popular, a las y los trabajadores, también fue un golpe a la historia. Sin embargo, aquellos tres años de gobierno de la Unidad Popular y 16 años de dictadura, son imposible de olvidar para Andrade, a quien nada ni nadie le ha quitado el recuerdo de Gerardo. “Nunca he escuchado una voz como la de él, su mirada y sonrisa nunca las he olvidado” cuenta, con una sonrisa que traspasa el teléfono.

Candados, letreros y rejas

“Para demostrar que hubo un centro de tortura tienes que tener gente que haya pasado por ahí o antecedentes firmes de cosas que hayan pasado en aquel lugar. Y de Santo Domingo no había esa información, como casi no tiene sobrevivientes costó mucho reconocer el sitio”, cuenta Ana Becerra, quien desde 1989 ha estado trabajando por recuperar la memoria de aquel balneario. En aquellos años junto a la Vicaría de la Solidaridad y hoy con la Fundación por la Memoria San Antonio.

Ahora bien, si de pruebas hablamos, el mar de Chile ha sido el principal testigo de los horrores más grandes, pero también de las alegrías más honestas, fugaces y únicas. Mar que

escondió cuerpos, liberó a otros y maravilló a la clase trabajadora. Mar que también vió como aquellas cabañas eran sentenciadas al olvido. La costa del país, de norte a sur, fue testigo del único proyecto estatal que ha existido en Chile para garantizar el derecho al descanso.

Aquel mar, a veces tranquilo y otras veces violento, también hace lo suyo y avanza. De a poco se ha ido apropiando del terreno en Santo Domingo, de a poco el mar se acerca a lo que quedó de las cabañas: baldosas rotas y pilotes abandonados. Hoy ha avanzado lo suficiente para hacer de aquel extenso pedazo de playa, una angosta franja de arena donde familias, pescadores, niños y niñas pasean por el día. Aquel balneario nunca volvió a ser el mismo, de él solo queda basura, maleza y los recuerdos de Ana Becerra y sus compañeros de la Fundación por la Memoria San Antonio.

Probablemente si no fuera por ellos, aquel terreno ubicado al final de la larga y enterrada avenida Arturo Phillips Norte, la única en la comuna que no está pavimentada, el lugar sería un estacionamiento para los habitantes y veraneantes de Santo Domingo.

El 7 de noviembre de 2013, meses después de que en abril del mismo año se iniciara una investigación judicial contra el ex alcalde de Providencia y profesor en la escuela de tortura, Cristián Labbé, por violación a los derechos humanos en dictadura, el Comando de Bienestar del Ejército, como la única entidad con propiedad legal sobre el sitio de Santo Domingo, mandó una solicitud para la demolición de las cabañas a la Municipalidad de la comuna. Ahí expresaban la necesidad de realizar un desmantelamiento del lugar por temas de salubridad, según lo expuesto había una plaga de ratones ¿de qué naturaleza? no lo sabemos. El 29 de noviembre de ese año la máxima autoridad de la comuna le otorgó el permiso y las cabañas fueron destruidas de un día para otro.

Si bien el sitio estuvo en desuso desde que se recuperó la democracia, en la década de los '90 el terreno estaba vigilado por guardias y militares. Al parecer, algo había que proteger. Sin embargo, con el paso del tiempo las cabañas dejaron de importar y fueron olvidadas. De vez en cuando eran utilizadas por veraneantes que hacían fiestas en las instalaciones o dormían en ellas sin saber por qué estaban ahí.

El desmantelamiento del ex balneario se ajustaba a los planes del alcalde Fernando Rodríguez Larraín, quien tenía la intención de construir un estacionamiento para las y los vecinos de la comuna en aquel terreno.

“La Municipalidad ha hecho de todo para apropiarse del sitio, pero no han podido. Ese sitio es de memoria y nosotros estamos ahí, lo saben todos”, dice enérgicamente Becerra,

quien ha tenido que luchar en distintos espacios por la recuperación del lugar. Si bien en diversas oportunidades se buscó el testimonio del -ahora- ex alcalde Fernando Rodríguez Larraín y también de su sucesor, Dino Lotito Flores, no hubo respuesta.

La destrucción de las cabañas fue la gota que rebalsó el vaso y para proteger el terreno de futuras intervenciones, la Fundación por la Memoria San Antonio junto a Miguel Lawner y el periodista Javier Rebolledo, presentaron la documentación necesaria ante el Consejo de Monumentos Nacionales para hacer de aquel sitio un monumento histórico. La solicitud fue aprobada el 12 de noviembre de 2014 y el viernes 14 de agosto del 2015 se dictó e hizo pública la declaración que reconoce el terreno como Sitio Histórico ex Centro de Detención en Balneario Popular Rocas de Santo Domingo.

“Nada ha sido fácil en Santo Domingo y todavía no es fácil”, dice Ana Becerra, al recordar la presentación que le tocó officiar a Miguel Lawner y Javier Rebolledo ante el Consejo de Monumentos Nacionales, espacio integrado en ese momento por el coronel del Ejército Eduardo Villalón; quien delante de todos los presentes se burló de Becerra, grabó las intervenciones y le preguntó irónicamente a Lawner y Rebolledo por quién les pagaba para estar ahí. Pese a los insultos, ese mismo día fue aprobada la declaratoria, horas antes que destituyeran al ex coronel Villalón. Aquel momento, de rabias y alegrías, se suma a la larga lista de dificultades que ha enfrentado la Fundación por la Memoria, quienes al no ser propietarios del sitio no han podido reconstruir el sueño de Allende, ni siquiera para la memoria. Sin embargo, de a poco se han ido apropiando del lugar, al que hace algunos años no podían ingresar y los actos tenían que realizarlos en el camino de tierra ubicado al otro lado del sitio, tras los candados, letreros y rejas que separan aquellos vestigios del “espacio público”.

Actualmente y a pesar de no contar con la propiedad del terreno, la Fundación realiza recorridos abiertos para narrar la historia del ex balneario, recorridos a los que asisten colegios, universidades de la zona, pero también vecinos del sector, que durante los días del patrimonio se permiten conocer aquello que no aparece en los folletos municipales como tampoco en los libros de historia.

“Yo creo mucho en los jóvenes”, afirma Becerra. Para ella ha sido fundamental trabajar con estudiantes de todas las edades, porque si no se le traspara la historia de aquel terreno a las nuevas generaciones, el día en que ella y Jorge Silva ya no estén, nadie podrá

contar lo que ocurrió en Santo Domingo, nadie podrá pedir justicia y el sitio terminará por desaparecer.

Las casitas del barrio alto

“Saber lo que sucedió en Santo Domingo me dio vuelta la cabeza”, dice Pablo Quiroz, joven antropólogo que realizó su práctica universitaria junto a la Fundación por la Memoria San Antonio entre el 2015 y 2016. Nació, creció y vivió en Santo Domingo gran parte de su vida, conoce cada rincón de la comuna. Sin embargo, antes de saber la historia de Ana Becerra, no tenía idea que las cabañas a la orilla del mar, donde jugaba con su hermano cuando era niño, habían sido un lugar de tortura durante la dictadura cívico militar y mucho menos que habían sido construidas por el gobierno de la Unidad Popular para el disfrute de las y los trabajadores.

Pedro llegó a la Fundación por recomendación de una amiga, pero saber la historia del lugar donde creció y del que tiene importantes recuerdos de infancia, fue lo que lo motivó a trabajar junto a Becerra.

Antes de incorporarse al trabajo de la Fundación, él ese entonces estudiante de antropología, había visto murales en San Antonio que hacían alusión a la violación de derechos humanos en la comuna durante la dictadura, pero jamás lo relacionó con Santo Domingo. “Nunca pensé que todo lo que estaba mirando hacia fuera, estaba al lado mío”, relata Quiroz.

Pequeños fragmentos de la historia de su comuna fueron articulando un mapa general donde todo empezó a tener sentido. El silencio de las y los habitantes de Santo Domingo, la cantidad de militares que veía cuando niño, en la calle y afuera de la iglesia a la que Augusto Pinochet iba a misa algunos domingos. Esas cabañas solitarias a la orilla del mar, que para él habían sido construidas para que las y los niños jugaran. Nada era casualidad.

Y en eso, recuerda que nunca entró a las casitas con forma de “A”, le daban miedo. Cuando estaba en el sitio solo miraba el suelo. En su memoria también están los postes de luz, los que imaginaba con grandes parlantes y música sonando, “como en las películas de la Segunda Guerra Mundial”, dice.

¿Por qué nadie le contó lo que había pasado en Santo Domingo? Una pregunta que hasta el día de hoy se hace. Su abuela paterna llegó de joven a vivir a Santo Domingo. Era

empleada doméstica. Fue en la pequeña comuna del Litoral Central donde conoció a su esposo y padre de sus hijos. El abuelo de Pedro fue el fundador de la Compañía de Bomberos de Santo Domingo. Además de brindar servicios a la comunidad, arreglaba y cuidaba las casas de veraneo de las familias que tenían su segunda vivienda en el exclusivo balneario.

En esa época Santo Domingo era campo, y como algo que probablemente se mantiene hasta el día de hoy, la ruralidad estaba muy separada de la vida urbana, por lo que las diferencias se notaban y se acentuaban aún más con las desigualdades de clase.

Los papás de Carolina vivían en la región, desde antes que ella llegará a vivir definitivamente a Santo Domingo. Recuerda que estaba la playa popular y la de gente rica, donde las familias adineradas se instalaban con sus quitasoles y empleadas domésticas. Cuando se estableció en la comuna, se sentía rara, las personas la miraban como si fuera un ser extraño, era una recién llegada, pero además, una recién llegada que se sentaba a conversar con las *nanas* en la Plaza de las Flores, socialmente conocida como El Hoyo. Ahí se juntaban a jugar las y los niños, iban acompañados por sus niñeras quienes aprovechaban de conversar e intercambiar almuerzos, porque como cuenta Carolina, en las casas les daban comidas distintas a las que se les servía a los patrones.

Pedro Quiroz recuerda que creció “como poroto en paila marina”, viendo como las familias más adineradas paseaban por un lado de la playa, lejos del lado de las y los trabajadores. Sin embargo, aquella diferencia se hacía más evidente cuando se juntaban todos los niños a jugar en “El hoyo”, donde él notaba que lo miraban “como un bicho raro”.

Para Quiroz esa diferencia de clase ponía en total evidencia a quienes les tocaba sobrevivir y quienes simplemente vivían, lo que justifica, en parte, que sus abuelos nunca le dijeran lo que les tocó ver, escuchar y experimentar durante la dictadura militar en Santo Domingo.

Su abuelo nunca supo que las cabañas a la orilla del mar, a las que fue un par de veces a arreglar la luz, eran parte de un proyecto de la Unidad Popular. Tanto él como su esposa sabían que iba gente a vacacionar, pero no sabían quiénes eran y de dónde venían.

“Mi abuela, que era empleada doméstica, era muy reservada. Ni siquiera se permitía pensar. Su única preocupación era no romper un vaso. Lo que pasaba en la playa, con el nivel de pobreza que tenía en ese lado de Santo Domingo, no era una preocupación”, dice Quiroz. Sin embargo, y sin motivos políticos, su casa fue allanada durante la época dictatorial.

De a poco la historia de Santo Domingo, de las cabañas de la UP, la escuela del Mamo Contreras y del centro de tortura clandestino a la orilla del mar, aparecieron en la vida de Pedro. Durante su paso por la Fundación, Ana Becerra le pidió que encontrara personas que hubiesen vacacionado en las cabañas. Sin embargo, no tuvo suerte.

Misma suerte que ha hecho difícil encontrar personas que hayan estado en Santo Domingo en calidad de presos políticos. Además de no poder contar con testimonios, las cifras no se han podido concretar del todo.

Santo Domingo ha sido uno de los lugares más difíciles de comprobar que existió. Puesto que para demostrar que hubo un centro de tortura en un lugar determinado, hay que contar con testimonios y una serie de antecedentes que confirmen que en ese lugar se violaron los derechos humanos. Bajo este concepto, costó reconocer el sitio de Santo Domingo, pero gracias al testimonio y trabajo incansable de Becerra, Silva, la Vicaría de la Solidaridad y hoy junto a la Fundación por la Memoria San Antonio, Javier Rebolledo, Miguel Lawner y tantas personas que han participado en recuperar la historia del sitio, se puede hablar de Santo Domingo como ex lugar de veraneo para las y los trabajadores y también como escuela y centro de tortura en dictadura.

“Cuando se habla del pacto de silencio, que está en todas partes, yo creo que de los pocos lugares territoriales que materializan ese pacto de silencio, que involucra redes humanas, de contacto, etc. es en Santo Domingo”, reflexiona Quiroz, quien cree que las y los habitantes de la comuna siempre supieron que la violencia estaba instalada a pocos metros de sus casas. Aunque tal vez nunca conocieron la magnitud o los detalles de aquella violencia.

“En Santo Domingo hay también una clase de trabajadores y trabajadoras que fueron cómplices silenciosos, que no eran partícipes de esta cuestión, que no tenían redes militares, sino que iban a cuidar y limpiar las casas, pero que les guste o no, eran parte de ese silencio. Cuando terminó la dictadura, no dijeron nada”, dice el antropólogo, quien además cree que es algo que pasa hoy con una serie de hechos que involucran violación de derechos humanos, pero que, como sociedad, nos hemos mantenido al margen: “todos sabemos que la cárcel es una tortura constante, pero no queremos saber los detalles”, dice.

El tiempo ha hecho lo suyo, con las cabañas, el sitio, pero también con la comuna. Para el joven, Santo Domingo no es igual a como era cuando él era niño. Muchos de los militares que vivían en el exclusivo balneario se fueron y en su reemplazo, llegaron familias de clase media y extranjeros. Cambios sociales importantes, que tal como ocurrió en 1971

rompen con lo que se ha entendido como privilegios para unos pocos. Tanto así que el estallido social del 18 de octubre de 2019 también tuvo lugar en la comuna. El 12 de noviembre de aquel año se realizó una marcha que inició en San Antonio y terminó con enfrentamientos y un ataque a la Municipalidad de Santo Domingo y a una comisaría de la zona. Para Pedro fue un acto importante, “les tiene que haber dolido, después de haber tenido el control total durante décadas, el control absoluto, ver a los pacos todos cagados dentro de la comisaría, porque les llovían los camotes, fue impresionante”, dice.

Alzando la voz por la memoria

En 1988 Arturo Martínez, Manuel Bustos y varios dirigentes sindicales de la época trabajaron juntos en la reconstrucción de la CUT, ya que ésta había sido disuelta por la Junta Militar durante los primeros años de dictadura. Para existir nuevamente la multisindical tuvo que cambiar su nombre, dejando atrás el recuerdo de lo que fueron los años del gobierno de Salvador Allende.

“Para los que vivimos intensamente el proceso de la Unidad Popular, -el golpe significó morir un poco, se nos cayó todo lo que estábamos construyendo”, relata Martínez, quien recuerda que durante esos años una parte importante de la clase trabajadora se sentía profundamente comprometida con el gobierno. “Fuimos reconocidos después de haber sido ignorados por décadas”, dice.

Con su nuevo nombre, la Central Unitaria de Trabajadores se adaptó a las normativas laborales de la dictadura. Luego, con el plebiscito de 1988 comenzó un nuevo ciclo político y con él, nuevas prioridades. Reconstruir el país, con todo lo que implicaba, era la batalla principal. La Unidad Popular, las 40 medidas de Salvador Allende y el proyecto de los balnearios populares se convirtieron en pedazos de una historia rota.

“Nunca nos planteamos recuperar esos terrenos, porque ya no existían. Muchos eran privados y en otros se habían hecho diferentes proyectos. Nunca hubo ninguna intención de recuperarlos”, dice Martínez, quien fue presidente de la multisindical durante 12 años (2000 - 2012). Si bien con el retorno de la democracia la CUT hizo el esfuerzo de rescatar algunos de los bienes que la dictadura les había arrebatado, los balnearios nunca fueron una prioridad, porque además nunca lograron ser legalmente propiedad de la CUT. Si bien en diferentes ocasiones su contactó a Barbara Figueroa, presidenta de la multisindical desde el 2012, e hija

de José Figueroa Jorquera, dirigente de la Central Única de Trabajadores durante el gobierno de Salvador Allende, no se logró una respuesta.

Pese a que no son muchos los testimonios, es difícil pensar que lograron hacer desaparecer los momentos, la historia y los recuerdos de aquellos veranos con todo incluido. Sobre todo porque hay gente dispuesta a mantener presente, en todo momento, esa historia. Cada cierto tiempo la Fundación por la Memoria San Antonio, realiza diferentes actividades de memoria, además de las visitas guiadas. Todo lo que hacen es parte de un plan que tiene por objetivo alcanzar el sueño de construir el sitio de memoria “Ex Centro de Detención en Balneario Popular Rocas de Santo Domingo”. Lugar que pueda servir de escuela para la enseñanza y difusión de los derechos humanos. Sin embargo, Becerra y sus compañeros tienen un sueño más grande que ese, construir una Universidad de los Derechos Humanos.

“Nosotros tenemos el sitio de hecho, pero no de derecho. Y lo queremos de derecho. El sueño es una Universidad de Derechos Humanos y está diseñada. La experiencia nos dice que eso del ‘nunca más’ es algo vacío, hay que hacer cosas concretas para eso”, relata Becerra.

Si bien el sitio fue declarado Monumento Histórico, convirtiéndose en el primer espacio de memoria en la Región de Valparaíso, el Estado de Chile debe comprar el terreno para que en él se pueda materializar el sueño de la Fundación. Sin embargo, para Becerra es complejo que esto suceda. “A ningún gobierno le importa recuperar el sitio, porque no les interesa la memoria”, dice. Quien menciona que como Fundación nunca han tenido relación con el Estado y menos con partidos políticos. Esto último fue una decisión de todas y todos los que conforman la agrupación, puesto que han visto como los sitios de memoria se han convertido en espacios de disputa partidaria. Y para evitar cualquier tipo de aprovechamiento o abandono, optaron por ser una fundación abierta a la participación ciudadana, que trabaja en asambleas y donde las distintas personas y colectivos que la integran tienen voz y voto, asegura la ex militante del MIR.

“La organización que hay hoy es bastante sólida y compacta, es difícil meterse ahí a disputar. Hay una organización fuerte, que parte de los movimientos sociales de San Antonio y donde está toda la gente que discrepa con los partidos políticos”, dice Becerra.

Sin embargo, los otros terrenos donde fueron construidos los complejos vacacionales, no corren con la misma suerte, si es que se le puede decir así. En el caso del Balneario de Tongoy no queda ni un rastro de lo que fueron las cabañas de veraneo, misma situación en

Peñuelas. Hace un par de años Catalina Rojas fue a visitar la zona, buscando recuperar un pedazo de esa memoria olvidada, de ese verano en que conoció a Roberto Parra y no dejó de cantar junto a las y los niños. “No hay nada, antes había una caleta de pescadores, re pobre, pero ahora está lleno de edificios. No queda nada, nada, han pasado más de 45 años”, dice Rojas.

En Pichidanguí las cabañas fueron apropiadas por militares, quienes hoy tienen su propio complejo vacacional, el “Centro Recreacional Kon Tiki”, en el mismo terreno en que hace 50 años veranearon las y los trabajadores. Similar a lo que ocurrió en Santo Domingo, el complejo turístico ubicado en Puchuncaví y también en Ritoque, sirvieron como centro de tortura para presos políticos. En este último, Miguel Lawner fue detenido luego de Isla Dawson. Del resto de los balnearios ubicados en Locura, Las Cruces, Lago Rapel, Llico, Duao, Pelluhue, Tomé y Lota, ya no queda nada.

Una historia que no acaba

“Haz visto cosa igual como los militares despojando a los trabajadores de un derecho básico como el descanso”, pregunta Miguel Lawner, con un dejo de rabia y también tristeza en sus palabras. Sin embargo, el arquitecto menciona que sólo tiene recuerdos positivos, porque el propósito que movilizó a cada una de las personas detrás del proyecto de los balnearios populares, era un propósito honesto y sobre todo, humano. No eran cabañas prefabricadas y sin un trabajo previo. Todo lo contrario, eran el resultado de intensos procesos de diseño y fabricación, donde lo que se buscaba era que cada construcción, cada espacio al interior de los complejos vacacionales, cumpliera con el objetivo principal del proyecto: garantizar el descanso y esparcimiento de las familias trabajadoras.

No hay un segundo de duda en sus palabras, Miguel Lawner siente y proyecta la felicidad de haber sido parte del gobierno de la Unidad popular. “No hay otro líder que se pueda comparar a la huella que deja Allende. Todavía los 11 de septiembre hay en el mundo un lugar donde nombran una calle, un monumento con su nombre. Por la vía pacífica al socialismo, como siempre decía el presidente: en democracia, pluralismo y libertad (...) Yo no puedo sentir sino orgullo de haber sido colaborador de Salvador Allende”, dice emocionado.

Una vez retornada la democracia, el proyecto de la Unidad Popular no figuraba en los discursos políticos, ni en los programas de gobierno. Medidas como la de los balnearios populares no ha sido prioridad para ningún presidente.

Para Vladimir Salamanca la realidad de Chile post dictadura, es la de un Chile totalmente distinto al de la UP. “Hoy no hay proyecto colectivo de vecinos, de trabajadores para poder veranear. El concepto de colectividad no existe. Hoy día las relaciones laborales han cambiado totalmente, tenemos un proyecto de sociedad neoliberal que no tiene derechos sociales. La elite de Chile no quiere que las y los trabajadores vivan mejor”, dice.

Y no es el único que cree esto, para María Angélica Barrientos es imposible imaginar un proyecto similar al de los balnearios populares y si existiera una mínima posibilidad, sería una idea con un enfoque distinto, principalmente porque el centro de todo sería el dinero. “Ahora nada es nuestro, el Estado no dispone de un lugar donde podríamos instalar un balneario (...) Si tuviéramos una organización de trabajadores fuerte, podrían hacer ellos un proyecto parecido, pero no creo que sea igual, de hecho ellos tienen cabañas para veranear, pero individuales, no socializado. No hay por dónde aún, a lo mejor nuestros nietos”, comenta María Angélica.

Salvador Allende instaló la idea de que el ocio y el disfrute eran un derecho, al cual todos y todas deberían tener acceso. Llevar a las y los niños a la playa les daba la posibilidad de crear, de pensar en otros mundos. Las familias construían comunidad. El proyecto no era ir y dejarlos ahí, era entregar una visión de mundo distinta a la que estaban acostumbrados.

Las condiciones del Chile actual son diferentes, hoy la gente pelea por el derecho a acceder a playas que se presentan de uso privado. Aún así, hay algunos sindicatos que tienen mejores condiciones y por lo tanto, han logrado construir sus propias cabañas.

El ex presidente de la CUT, Arturo Martínez, menciona que, “hoy las organizaciones sindicales están muy débiles. No hay proyecto político, hay mucho individualismo por parte de las y los trabajadores.”

Quien sí es más optimista, es Pedro Quiroz, para el antropólogo, hay una historia que no acaba nunca. Al igual que en otras zonas del país, la exclusividad de Santo Domingo se ha ido rompiendo, si durante la Unidad Popular este quiebre fue con el balneario, hoy lo es con la llegada de familias vulnerables, de extranjeros y el efecto del Estallido Social en la conciencia de las y los vecinos.

Si bien aquel sitio ubicado a la orilla del Río Maipo corre el riesgo de ser olvidado, Ana Becerra está ahí, atenta a lo que va pasando con el terreno. Pero es cauta, reconoce que hay momentos para meter ruido y otros para estar más tranquilos y seguir trabajando. El sueño de una “Universidad para los Derechos Humanos” sigue intacto, pero, “todas las cosas a su tiempo, hay que saber esperar. Paciencia tenemos, es lo que más tenemos. Y nosotros seguimos estando vigentes, la gente sabe que estamos ahí, que no hemos abandonado, no hemos caducado. Seguimos alzando la voz por la memoria”, cierra Becerra.